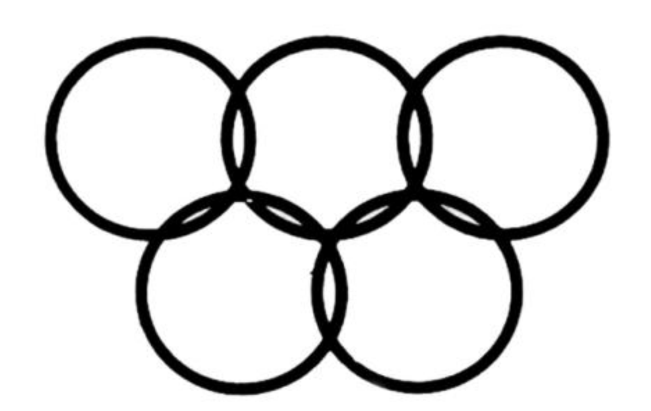


INMERSION PELIGROSA

Red Walker



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

RED WALKER

INMERSIÓN PELIGROSA

Colección
DOBLE JUEGO n.º 27
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 30.058-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Ajusté las aletas a mis pies y escupí dentro de los lentes antes de enjuagarlos en las plácidas aguas de la cala. Por un exceso de experiencia verifiqué que el cuchillo y su funda metálica estaban bien sujetos a mi pantorrilla derecha y respiré con fruición el aire purísimo, cargado de aromas frutales provenientes de los campos de cítricos, más arriba, en la colina.

Estaba más delgado después del accidente y todavía podía experimentar una dolencia sorda en el hombro, debajo de la cicatriz en forma de hoz. Conservaba todavía el tono bronceado y la cicatriz era una línea blanquecina y pulida como la marca trazada por un pincel delgado y preciso.

Durante un par de semanas, luego de la convalecencia, había dedicado todo mi tiempo a recuperar el estado físico que me había acompañado desde que ingresara en el equipo de submarinistas del ejército, hacía ya quince años. Resultó difícil al principio porque perdía el aliento con facilidad y sentía el oxígeno quemándome los pulmones. Me ponía furioso ante la evidencia de lo que sucedía con un cuerpo entrenado al verse obligado a permanecer inmóvil durante algunos meses. Y la ira contribuyó fundamentalmente a mi recuperación. Me obligaba a correr una milla más, a nadar todavía otros doscientos metros, a hacer cien abdominales más cada mañana. Llegaba al límite de mis fuerzas, respiraba hondo y me decía que todavía podía continuar unos minutos, sólo unos pocos minutos.

Caminé sobre la arena tibia a lo largo de la orilla y luego me introduje de espaldas en el mar, facilitando así el avance que resulta tan incómodo cuando se portan aletas.

Era la primera vez que iba a nadar en el mar abierto desde que tuviera mi percance. La primera vez en cuatro meses. Me sentía como si fuese el único hombre de la tierra, o mejor, dentro del mar.

Las olas llegaban suavemente, detenidas por los escarpados acantilados que flanqueaban la cala y esculpían caprichosas

formaciones rocosas hundidas en el océano infinitamente verde.

Era zona de algas y corales, de peces tropicales y de algún tiburón solitario en busca de diversión.

Había decidido nadar un rato, hacer un par de inmersiones rápidas, sin alejarme demasiado de la costa, y luego permitir al buen sol recomponer mi piel debilitada por las largas jornadas en el hospital.

Cuando el agua llegó a mitad de la espalda giré y comencé a nadar con lentitud.

Llevaba el cuerpo ligeramente inclinado de modo que las aletas quedaran sumergidas a fin de no salpicar sobre la superficie y observaba con delectación las formas siempre nuevas y lujuriosas del fondo marino.

La presión de mis brazos en los flancos del torso me remitió a mis antiguas escapadas de chaval solitario y las constantes súplicas de mi padre para que nadara acompañado.

Siempre se debe bucear en compañía, es una ley fundamental de la práctica de este deporte. Pero yo había sido un solitario de joven y tal vez por esa condición fui empleado en el ejército para misiones que exigían un solo hombre. Trabajar solo en situaciones de riesgo significan mucho para el temperamento y cuando se ha conseguido hacer de ello una profesión entonces ya no puede dejarse. Es como una droga. Sumergirse, de día o de noche, en aguas templadas o filas, en países amigos o enemigos, siempre solo, dependiendo solamente de las propias fuerzas y los propios recursos, confiando plenamente en el equipo de «hombre rana» que uno mismo ha examinado y dispuesto, controlando personalmente las condiciones del mar y sus peligros, todo hace que sea infantil predisposición a la soledad y el autoabastecimiento se transforma en una coraza útil y protectora.

Esa era la primera vez que abandonaba el predio del hospital, su piscina y su gimnasio, para nadar en mar abierto. Y lo había conseguido engañando al médico de guardia y a mis celosas enfermeras.

Por fin estaba en mi ambiente, gozando de la temperatura del océano y de la maravilla del colorido del fondo, habitado por formas puras y vibrantes, por criaturas que habían llegado a constituirse en parte de mi propia biografía.

Miré mi reloj. Eran las diez de la mañana y el sol crecía como un ogro de fuego en el arco claro del cielo.

Me alejé «aleteando» lentamente, con movimientos mesurados y rítmicos, impulsándome hacia la boca de la cala para luego torcer hacia la ladera del acantilado en busca de peces y corales.

Volví a experimentar esa sugestiva diferencia de proporciones que determina el cristal plano de los lentes e inmediatamente mi cerebro se acomodó a aquella diferencia. Los peces parecen mayores y a mayor distancia y ésa es la razón por la que los neófitos suelen recoger presas que debajo del agua parecen considerablemente grandes y que luego causan gracia por su reducida dimensión.

Quince minutos más tarde descubrí una formación coralífera. Aspiré profundamente un par de veces para desprenderme de la mayor cantidad posible de aire gastado y luego inhalé profundamente y me sumergí en picado.

La sensación era estupenda, volvía a mi mundo. Un mundo en el que todo parecía alejarse de la vida cotidiana, de los avatares de la «superficie».

Controlé mi oxígeno y me impulsé hacia la formación de corales. En las pequeñas cavernas podía adivinar a los pequeños crustáceos y también a alguna que otra serpiente de mar, expectante y peligrosa, hundida en su madriguera.

Me cuidé de no acercarme demasiado. Las aristas de coral son afiladas como navajas y debajo del agua no se puede averiguar el verdadero daño producido por un corte. El dolor es casi nulo y muchos buceadores se han encontrado en problemas al salir a la superficie con heridas muy profundas e incoloras. Y también hay algunos casos en que pequeños cortes sangrantes han atraído a una docena de tiburones con malos propósitos.

Salí a la superficie, soplé por el tubo respirador para liberarlo de agua y nadé lentamente recuperando el aliento.

Repetí las inmersiones durante una hora, controlando mis fuerzas, sumiendo mi pertenencia al mundo marino, sintiéndome nuevamente feliz hasta que por fin decidí regresar a la cala.

Calculé que me hallaba a unos dos mil metros de distancia del sitio por el que había entrado al mar. Las aletas proporcionan un impulso fantástico y el nadador distraído puede encontrarse con la sorpresa de que se ha alejado más allá de lo previsto. Es

conveniente, por tanto, observar frecuentemente la distancia que separa al neófito de la costa para evitar accidentes peligrosos.

Me quité los lentes y nadé de espaldas mirando el sol que aumentaba su presencia a medida que se acercaba el mediodía.

Casi podía sentir cómo mi piel bebía sus rayos tibios y recuperaba su eterna consistencia, castigada por un exceso de aire libre, sal marina y sol de todas las latitudes.

Era como si estuviese solo en medio de un planeta desconocido y acuático.

Tal vez por esa ensoñación que me había embargado no escuché el motor fueraborda hasta que la embarcación estuvo muy cerca.

Me detuve y la busqué con irritación.

Se trataba de un bote de caucho color negro con un potente motor que abría las olas sin dificultad. La proa del bote se alzaba sobre la superficie y avanzaba paralelo a la línea del acantilado, recto hacia donde yo me hallaba.

A unos cincuenta metros de distancia se detuvo y su tripulante echó el ancla. Llevaba un traje de goma y un equipo de «aqualung», con dos tubos de oxígeno.

Estaba solo.

Sentí una ligera inquietud por el submarinista. Jamás se debe bucear solo y mucho menos cuando se dispone de tubos de oxígeno ya que ello implica la posibilidad de permanecer mucho tiempo debajo del agua y a gran profundidad.

Aquel acuonauta no estaba totalmente chiflado ya que arrojó una boya con el banderín blanco y azul que, según las normas internacionales, indican la presencia de un buceador.

Vi cómo se colocaba los lentes, probaba el paso de oxígeno y luego se arrojaba expertamente de espaldas y desaparecía bajo las olas.

Eché un vistazo a mi alrededor. No había ninguna señal de barcas o de otros nadadores.

Sé positivamente que siempre habrá en algún sitio un nadador satisfecho de sí mismo que irá contra todas las normas y se sumergirá en solitario por el exquisito placer de sentirse libre y en paz con el mundo a varios metros de profundidad, rodeado por la sencilla magnificencia del fondo marino. Sin embargo es una estupidez. La mayor estupidez del mundo para un buceador porque

la diferencia entre la vida y la muerte sólo puede consistir en un accidente minúsculo que aumenta escandalosamente debajo de la superficie.

Nadé hacia el bote de caucho y me icé a bordo.

No había nada en él que me sirviera de nada. Observé la boya flotando junto al bote y comprendí que el buceador no estaba sujeto a ella por un cordel como suelen hacer los más cuidadosos a fin de indicar continuamente cuál es su posición.

Aguardé cinco minutos y luego me zambullí.

Nadé en diagonal hacia el fondo. Sabía que se hallaba a poco más de siete metros y ello significaba que tendría que cuidarme de no superar aquella profundidad hasta que no supiera qué dirección había cogido el nadador.

Más allá de los seis metros de profundidad la presión del agua reduce los pulmones convirtiéndolos en más pesados que el agua y por tanto ayudando a que el cuerpo se hunda. Yo no deseaba superar aquella profundidad en mi primer día de práctica en mar abierto.

Repetí la inmersión un par de veces hasta descubrir una hendidura en la pared del acantilado. Según mi arqueador, o medidor de profundidad, me hallaba a cinco metros de la superficie. Todavía tenía suficiente aire en mis pulmones de modo que decidí echar una rápida ojeada a la hendidura.

Descendí a siete metros y experimenté una súbita alteración en la flexibilidad del tórax. Era normal.

Nadé lentamente, sin forzarme, y entré en la hendidura.

Era estrecha y larga. Calculé que tendría todavía un minuto de tiempo y avancé con precaución. Jamás me han gustado los sitios cerrados debajo del mar, son nidos de sorpresas desagradables.

Y vi al hombre rana.

Estaba sujeto a una saliente coralífera que había dañado su traje de goma y permanecía inmóvil.

No estaba inconsciente porque movía las aletas lentamente procurando, precisamente, continuar allí, estático.

Algo le ocurría.

No había luz suficiente como para averiguarlo sin acercarme, de modo que avancé. Mi idea era notificarlo de mi presencia, examinar en qué condiciones se hallaba y regresar a la superficie en busca de

oxígeno.

Luego regresaría.

Cuando llegué a su lado vi confusamente su rostro detrás de los lentes. Los tenía muy abiertos y fijos en algo que había más allá de la saliente.

Estiró el brazo derecho y con la mano abierta y hacia abajo me indicó en el lenguaje submarino que algo iba mal.

No movía la cabeza pero sus ojos tenían una expresión aterrorizada. Tal vez fuese por mi propia tensión al hallarme al borde de mi resistencia pero no fue hasta ese momento cuando volví a observar su expresión, que comprendí que se trataba de una mujer.

Me di la vuelta.

Ella había señalado a mi espalda.

A cincuenta centímetros, en una de las oquedades de la pared de roca, vi horrorizado la enorme cabeza de la serpiente marina.

Para cualquiera que se haya topado alguna vez con una de esas criaturas no resultará extraño comprender que sentí la sangre helarse en mi cuerpo. Aquel monstruo podía acabar con nosotros con más facilidad que un tiburón.

Sin hacer movimientos bruscos le indiqué que necesitaba aspirar de su boquilla.

Ella asintió.

Debo confesar que admiré su presencia de ánimo. Estábamos atrapados allí y ella respetaba las reglas básicas. Absoluta inmovilidad ante aquel monstruo. En algún momento ocurriría algo. O la serpiente se retiraba al interior de su cueva o atacaba. Era una lucha psicológica contra la necesidad de huir a la desesperada.

Cogí su boquilla y respiré varias veces, limpiando mis pulmones de aire gastado.

Le devolví la boquilla y continué observando a la serpiente. Mi mano izquierda buscó en la espalda de la muchacha el sitio por el que había quedado enganchada al coral.

Una punta aguzada la había herido entre los omoplatos, apartando el tubo de oxígeno y sujetándola firmemente. Ella no había querido zafarse por la fuerza porque temía producir algún daño en el tubo que llevaba el oxígeno desde el tanque hasta el acoplador en su boca.

Con infinita paciencia fui desenganchándola, sin perder de vista a la serpiente.

Ahora el testuz horripilante había salido unos centímetros de la cueva y parecía observarnos con la helada seguridad de su fiereza.

Cuando la hube soltado volví a indicarle que necesitaba respirar. Ella asintió y yo repetí la operación anterior.

Le hice señas de que ella aspirara profundamente y retuviera el aliento.

Comprendió mi sugerencia y obedeció.

Entonces cogí el tubo de su tanque de oxígeno y con mi cuchillo lo corté limpiamente en el mismo momento en que lo apuntaba hacia la serpiente.

El flujo poderoso de burbujas la ocultó a mi vista, pero yo tampoco deseaba permanecer allí para recordar su reacción.

Cogí a la muchacha por un brazo y tiré de ella en dirección a la salida de la hendidura.

Nadamos hacia la superficie y asomamos a una veintena de metros del bote de caucho.

Subí al bote y la ayudé a quitarse el arnés con el tanque. Luego subió a bordo.

—Ha sido un milagro —dijo con una voz perfectamente normal.

Su presencia de ánimo me sorprendió.

—Ha sido una estúpida imprudencia la tuya —le espeté.

Se quitó el gorro de goma y una cabellera rubia cayó sobre sus hombros. Procedió a quitarse el traje oscuro ante mis ojos y sentí el impacto de su cuerpo en el mío.

Llevaba un bikini blanco y tenía la piel morena, maravillosamente dorada.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

Tenía ojos azules, grandes y ligeramente rasgados. La nariz recta caía con firmeza sobre unos labios gruesos y perfectos que sonreían con infinita sensualidad.

Su sonrisa podría haber hipnotizado a la serpiente, estaba seguro de ello.

Respiró profundamente y sus senos presionaron la tela elástica del sujetador.

Era un sueño y yo no estaba muy convencido de que en verdad existiera.

—¿De dónde has salido? —preguntó mientras acomodaba el equipo en el bote.

—Estaba nadando y te vi llegar.

—Ya.

Recogió la boya con el banderín y cuando tuvo todo dispuesto y ordenado me miró fijamente.

—¿Por qué me seguiste?

—No lo sé. Quizá por hábito.

—¿Tienes la costumbre de perseguir a todos los buceadores? —rió.

—Sólo a los más estúpidos. Los que se sumergen a solas contra todas las reglas.

—Todo un carácter, ¿eh? —bromeó—. Tú tampoco estás acompañado.

—Conozco mi oficio.

—Yo también.

—No lo dudo. Te portaste como una verdadera experta allí abajo, no perdiste la calma.

—Tú tampoco.

—Ya te lo he dicho, es mi oficio.

—¿Submarinista?

—Exacto.

—¿Del ejército?

—Si.

No tenía por qué negarlo, al fin y al cabo mi situación desde el accidente no era muy clara. Todavía no estaba muy seguro de querer continuar con mi viejo trabajo.

—Cualquier otro se hubiera largado.

—Es posible.

—Fue una buena idea la de cortar el tubo y lanzarle el oxígeno, eso nos dio el tiempo necesario.

—¿Qué hacías allí?

Ella sonrió maravillosamente y cogió mis manos entre las suyas.

—No te enfades por lo que voy a decirte —dijo con una voz encantadora—, pero estaba buscando a esa serpiente.

Durante algunos momentos pensé que bromeaba y cuando comprendí que no era así lancé una carcajada.

—Estás loca —dije.

—Como todo el mundo —rió—, poco más o menos.

CAPITULO II

Enfiló expertamente el bote hacia la pequeña playa solitaria que yo mismo había utilizado para mi primera experiencia en mar abierto y su modo de manipular el timón de dirección del fueraborda revelaba la naturalidad y la pericia de los buenos marinos.

La brisa agitaba su cabellera rubia y ofrecía su cuerpo sinuoso a la llovizna de espuma que inventaba el bote sólo para ella. Era el mascarón de proa más bello que hubiese visto jamás.

Se volvió hacia mí. Continuaba sonriendo.

—¿Estás en el hospital? —preguntó.

—Creí que se trataba de un secreto militar —repliqué.

—Y tal vez lo sea —bromeó.

—¿Tú vives aquí?

—Sí, es mi isla desde que nací en ella.

Sus respuestas eran ligeramente burlonas y de algún modo me fastidió su suficiencia. Me gustan las personas suficientes, hombres y mujeres, sin distinción. Confieso, sin embargo, que he luchado mucho contra el machismo sureño que heredé de mi padre, una especie de prócer georgiano con criterios muy obcecados acerca de la finalidad estrictamente reproductora del bello sexo. Ahora me sentía irritado por esta muchacha hermosa y eficaz a la que acababa de apartar de la quijada golosa de una serpiente marina.

No pretendía que besase mis callos en señal de agradecimiento pero parecía haber olvidado el incidente, un incidente que estuvo a punto de acabar con su vida.

Y ella había ido deliberadamente en busca del monstruo.

—Te has quedado mudo —dijo sin dejar de sonreír.

Comprendí que no había ninguna ironía, ninguna burla en ella, era su forma de ser: naturalmente juglaresca.

—Me limito a observarte y entretanto procuro inventarte una biografía que justifique tu enfrentamiento con la serpiente.

—¿No crees que sería más sencillo que me interrogaras

directamente?

—Es mejor todo lo que se adivina —dije sonriendo a mi vez.

—No es buena filosofía para un pragmático militar.

—No soy militar.

—Creí que habías dicho que lo eras.

—Trabajo para el ejército.

—Es lo mismo.

—No, no lo es —repliqué con firmeza.

—Vaya, te has molestado.

—Lo siento, todavía tengo los nervios a flor de piel.

—¿Qué le ocurrió a tu hombro?

Miré la cicatriz en forma de hoz y pasé la yema de mis dedos sobre su pulida superficie pálida.

—Tuve un accidente.

—No pensé que fuera un tatuaje —bromeó.

Lancé una carcajada.

—Te contaré toda la historia, ¿vale?

—Si aceptas mi invitación a cenar, ¿vale?

—¿Por qué?

—Bueno... creo que mi vida vale una buena cena. ¿Tú qué crees?

Estaba de acuerdo con ella.

Cortó el contacto del motor y lo subió un segundo antes de que el bote encallara en la playa de arena.

—Te recogeré en el hospital a las siete. ¿De acuerdo?

—Me reconocerás por mi smoking color turquesa —dije y salté de la embarcación.

Me quité los lentes que llevaba alrededor del cuello y la miré alejarse hasta que se perdió tras el recodo del acantilado.

Busqué el bolso que había dejado entre las rocas y me vestí con un tejano descolorido, una camiseta y alpargatas. Trepé luego por el sendero que conducía a lo alto del barranco y enfilé hacia la carretera de la costa. Se trataba de un camino asfaltado por el que apenas podían cruzarse un par de automóviles pero era denominado así, *la carretera de la costa* y flanqueaba todo el litoral oeste de la isla entre casas de madera rodeadas de jardincillos muy bien cuidados y grandes extensiones de selva tropical que avanzaba como una lengua verde hacia el mar.

Me pregunté para qué diablos habría ido en busca de la serpiente y me prometí preguntárselo apenas la viera esa misma noche.

Tenía ganas de volver a verla y supe inmediatamente que volvía a experimentar una cierta atracción por la raza humana.

* * *

Ya conocía la rutina del hospital de modo que me colé por las cocinas para evitar dar explicaciones por mi fuga.

Hice una seña de complicidad al cocinero que sonrió moviendo la cabeza de derecha a izquierda reprobando mi escapada. Me debía quince dólares de la última partida de póquer celebrada en mi habitación con el médico de guardia, que también me debía quince dólares, y el enfermo de la 513, un viejo coronel de Inteligencia que había sufrido un par de infartos lo que no le impedía ganar noche tras noche los dólares necesarios para procurarse algunos tragos de contrabando.

Entré en el vestíbulo de servicio y me dirigí hacia las escaleras. Subí hasta la tercera planta y abrí la puerta de mi habitación.

El severo doctor Malone estaba allí, de espaldas a la puerta, mirando por la ventana soleada la línea espumosa de los arrecifes. A su lado, sentado en una silla con aspecto de albacea testamentario, había un hombrecillo delgado y de edad indefinida que ostentaba el uniforme de almirante como los Hohenzollem durante las ceremonias de coronación.

—¿Qué tal la fuga, Duncan? —preguntó el médico.

—Hola, doctor.

El hombrecillo se puso de pie.

—Soy el almirante Thorpe —dijo con una voz impersonal.

—Almirante —dije con una inclinación de cabeza.

—Finalmente ha ido a hacer su experiencia en mar abierto, ¿no es así, Duncan?

—Así es, doctor.

—¿Todo bien?

—Estupendamente.

—Bien —dijo el médico y se volvió hacia mí.

Era alto, rechoncho, de cráneo aplastado y barba frondosa.

Parecía uno de aquellos pioneros cuáqueros que avanzaban entre flechas y tacos hacia el oeste salvaje.

—Déjenos solos, doctor —espetó el almirante.

El médico lo observó con irritación pero se dirigió a la puerta. Me dedicó un guiño y se hizo humo.

—No es usted muy disciplinado, Duncan.

—No, no lo soy.

A mí no me gustaba su aspecto y tampoco su tono. Era obvio que yo tampoco le caía en gracia. Era uno de esos personajes engreídos y almidonados que creen que servir en el ejército y llegar adonde había llegado era lo más parecido a jugar a Dios que existía en la tierra y sus alrededores.

Yo conocía el tipo. Individuos cargados de prejuicios y con mentes estrechas que respiran impunidad por todos los poros y ejercen su poder desde la trinchera de un bien cortado uniforme engalanado.

—Tendrá que aprender a obedecer las órdenes desde ahora, Duncan. No admito rebeldes en mi escuadrón.

—¿Su escuadrón?

—Forma parte de él desde hace dos días.

—Estupendo —sonreí.

Me senté en la cama y busqué un cigarrillo en la mesilla de noche. Lo encendí mientras él permanecía de pie, observándome con el rostro enrojecido.

—¿Qué desea, almirante?

—He leído su expediente y por lo que he podido comprobar hoy mismo está usted en condiciones de regresar al trabajo.

—Estoy en buenas condiciones físicas. Sí, señor, me siento como un sioux que ha conquistado su cabellera número doce.

—Déjese de tonterías, Duncan. Prepare sus cosas.

Un coche lo recogerá esta tarde a las cinco. Lo veré a las seis en el cuartel.

—Ni pensarlo, almirante.

Creí percibir que su cuerpo tieso conseguía endurecerse todavía un poco más, pero seguramente fue mi imaginación.

—Ordenes, Duncan. ¡Mis órdenes! —bramó—. Será mejor que se acostumbre a ellas.

—Usted no lo entiende, almirante. Sin embargo voy a

explicárselo porque soy un hombre comprensivo. No iré a verle hay porque tengo una cita. Pensaré detenidamente en su oferta y le haré saber mi respuesta cuando yo mismo la conozca. ¿De acuerdo?

—Pertenece usted al ejército de los Estados Unidos y...

—Se equivoca —lo interrumpí.

Ahora su rostro parecía haberse aguzado y mostraba dos pómulos delgados y enrojecidos, pegados al hueso de los maxilares, como dos trozos de carne magra arrojados sobre una calavera de buen aspecto.

—¡Está usted insubordinándose! —estalló.

Comprendí que no estaba acostumbrado a tratar con seres humanos. Su oficio era distribuir las vidas de sus hombres sobre una pantalla operativa en la confortable atmósfera acondicionada del almirantazgo.

—Escúcheme bien, zoquete, y tráguese su maldita pedantería de superhombre con disfraz. No pertenezco al ejército. Trabajo por contrato y desde hace años mis contratos terminan con cada misión. Sólo lo renuevo cuando me apetece hacerlo. Me extraña que el coronel Mallory no se lo haya comunicado.

Durante algunos momentos me sentí inclinado a llamar al doctor Malone porque estaba adquiriendo un peligroso tono violáceo que no presagiaba nada bueno.

Se compuso a duras penas y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—Hablaré con el coronel Mallory y volveremos a vemos —dijo con terca autoridad.

No le respondí, me limité a chupar de mi cigarrillo.

Pensé en el coronel Mallory y no pude reprimir una sonrisa. Estaba seguro de que Mallory había permitido voluntariamente, premeditadamente, que aquel figurín creyera que yo estaba en el ejército. Supuso que yo reaccionaría tal como lo había hecho y podía adivinar sus carcajadas solitarias en su oficina, mientras bebía ron de Jamaica de su petaca oculta.

Era todo un personaje Nallory y odiaba a los militares estirados y pagados de sí mismos. La diferencia era simple: Mallory era un soldado y Thorpe un payasín de buena familia acostumbrado a la melodía continua del *sí, señor; si, señor; sí, señor...*

Bien, la epopeya que vivirían sin duda Nallory y Thorpe me

daría tiempo suficiente para conocer a aquella muchacha insólita cuya afición parecía consistir en dialogar cara a cara con LOS monstruos marinos.

Y entonces tuve un sobresalto.

No sabía quién era. No conocía su nombre. Experimenté una sensación de alarma y supe que mi interés por aquella criatura de las profundidades era más hondo del que yo mismo creía.

Me gustaba su estilo y le rogué a mi dios particular para que le hiciera recordar su invitación.

Me desvestí y me duché con calma, permaneciendo mucho tiempo bajo el agua tibia y reconstituyente.

Cuando regresé a mi dormitorio el doctor Malone estaba allí, sentado en mi cama y fumando un enorme puro.

—¿Qué dicen sus pulmones de los atentados del tabaco, doctor?

—¿Qué fue lo que le dijo el almirante? Salió disparado como un senador republicano de una playa nudista.

—Todo lo que hice fue decirle que no.

—El hombre parecía muy nervioso aguardándolo. Tal vez se trate de algo serio.

—Siempre se trata de algo serio, doctor. Serio para mí que soy el que recibo las heridas.

Miré rápidamente mi hombro.

—Ya está en condiciones de largarse de este sitio, Duncan.

—Todavía no, doctor. He conocido a una muchacha en la playa y me ha invitado a cenar.

—¿Qué playa? —preguntó súbitamente interesado.

—La cala junto a los acantilados, a unos treinta kilómetros de aquí. Fui y regresé haciendo auto-stop.

—La conozco —dijo Malone.

—¿La cala o la muchacha?

—A ambas.

—¿Quién es ella?

Malone sonrió con picardía.

—De modo que no le ha dicho cómo se llama.

—No.

—No me sorprende, es una criatura muy especial. Realmente deliciosa.

—¿Quién es? —insistí.

—Jamás le privaría del placer de saber de ella, pero no le diré una sola palabra. Le aseguro que será toda una aventura conocerla en vivo y en directo.

—Al menos dígame si está casada.

—¿Por qué? No tienes el tipo del moralista sureño —dijo tuteándome.

—Tengo mis tabúes personales.

—No, no está casada. Al menos no lo está ahora.

—¿Se trata de un puzzle?

—Nada de eso, muchacho, nada de eso.

Aspiró profundamente de su habano y se encaminó hacia la puerta. Dejé caer la toalla y me puse un slip que también me servía de bañador.

Malone se volvió y me echó un vistazo.

—Demasiadas cicatrices, Duncan. Procura conservar algo de ti mismo para cuando decidas jubilarte.

—Lo haré, doctor. Lo prometo.

Salió de la habitación.

Me observé en el espejo de cuerpo entero y comprendí a qué se refería.

Tenía varias cicatrices antiguas en el vientre y conocía las dos fieras marcas que rubricaban mis omoplatos. Me las habían hecho en el quirófano mientras procuraban extraerme varias esquirlas que habían aumentado mi peso normal en un par de kilos.

Mi peinado cubría una serie de pequeñas incisiones y en las piernas ostentaba algunas marcas de mis épocas de jugador de rugby.

No era un individuo de piel inmaculada pero al menos estaba entero y eso en mi trabajo es mucho decir.

Me puse un tejano blanco, alpargatas y una camisa azul. Le sonreí al engreído que me observaba desde el espejo y me devolvieron el gesto.

Cuando salí de la habitación eran poco más de las cinco de la tarde.

Me dirigí a la cocina y me senté un rato allí a charlar con los muchachos encargados de nuestra dieta hasta que apareció el doctor Malone y me echó al jardín.

—Procura respirar aire puro, muchacho, y deja de arrebatarle el

salario a mi personal.

—Dígame cómo se llama ella, doctor. Prometo portarme como un buen chico.

—No soporto a los chantajistas —dijo con una mueca y me dio la espalda.

Anduve por el jardín gozando de los rayos oblicuos del sol de la tarde. Me senté en un banco y observé a los internos que paseaban por los senderos de pedregullo acompañados de enfermeras solícitas.

Era un mundo de convalecientes al que yo solía regresar periódicamente obligado por lo que más tarde sería una nueva cicatriz.

Me sentí súbitamente entristecido. En realidad estaba comenzando a hartarme de aquella vida.

El sol continuaba dando batalla cuando el reloj del hospital marcó las siete.

Había estado soñando despierto olvidado del tiempo. Me puse de pie y recorrí los metros que me separaban de la calle.

Encendí un cigarrillo y me apoyé en un árbol. El aire olía a primavera. Hacía años que no detectaba aquel aroma particular.

Me di la vuelta y vi al doctor Malone recortado en la ventana de su despacho.

La calle flanqueaba el jardín del hospital y se alejaba hacia el oeste de la isla en busca del pueblo. Del otro lado comenzaban los médanos y cien metros más allá rugía el océano.

Algunos coches pasaban con indolencia exhibiendo su carga de lagartas semidesnudas y mancebos de sonrisas rutilantes.

Había toda una vida que se me había escapado entre los dedos.

Todavía observaba el último descapotable que se alejaba cuando el *jeep* se detuvo junto al bordillo.

Llevaba un *short* blanco, una blusa anudada al vientre y el cabello suelto. Las gafas protegían sus ojos maravillosos de los rayos inclinados de sol.

Su sonrisa era la misma.

Miré sus muslos dorados, los senos llenos bajo la blusa y su rostro burlón.

—¿Estoy aprobada? —preguntó sonriente.

—Todavía tengo que hacerte algunas preguntas —respondí.

CAPITULO III

Me senté a su lado y arrancó en seguida.

No conducía a mucha velocidad pero sabía exactamente adónde se dirigía.

—Bien —dijo repentinamente—, mi nombre es Doola Lanford. Tengo veintiocho años y soy una especie de fotógrafa profesional.

—Extraño nombre.

—Idea de mi madre. Decía que era descendiente de no sé qué tribu de indios seminolas.

—¿Y Doola es un nombre seminola?

—No lo creo pero mi madre decía que nadie lo dudaría jamás.

—Tenía razón, eres una india.

—Cuéntame de tu cicatriz, la última, la de la hoz.

—¿Por qué has dicho que eras una especie de fotógrafo profesional?

—Porque sólo me ocupo de fotografías submarinas. Me gusta el mar y me gusta el submarinismo de modo que un día me planté ante el espejo y me dije: «Doola tienes que procurarte una vida en la que te sientas feliz.»

—Comprendo.

—Eso ocurrió hace varios años, cuando mis padres todavía vivían.

—¿Qué les ocurrió?

—Murieron en un accidente de avión. Venían para la isla y cayeron al mar.

—Lo siento.

—Fue terrible para mí. Para ellos resultó tal como siempre lo habían deseado: querían morir al mismo tiempo.

—Un gran amor, ¿eh?

—El único que vale la pena vivir —dijo Doola con súbita seriedad.

—¿Adónde me llevas?

—A un restaurante alejado del poblado, algo rústico y muy

modesto, pero excelente.

—¿Para qué necesitabas una fotografía de aquella serpiente?

—La prometí a mi agente en Nueva York. Me pagarán muy bien por ella.

—De modo que piensas regresar a la cueva, ¿no es así?

—De ninguna manera, ya la he tomado. Tenía la máquina conmigo, sujeta a mi pecho.

Encendí otro cigarrillo y miré las lejanas olas que rompían sobre los arrecifes.

—Me alegro que no tengas que regresar allí —dije.

—¿Te preocupas por mí?

La miré profundamente. Sentía que llegaba hasta el fondo mismo de sus huesos.

—Sí, me preocupo por ti. Estuve esperándote todo el día.

—Me gusta tu sinceridad.

—¿Dónde vives? —pregunté.

—Lo sabrás más tarde. También estás invitado a tomar una última copa en mi mausoleo familiar.

* * *

El restaurante se llamaba Sophisticated y realmente resultaba un nombre absurdo. Quienquiera que denominara *sofisticado* a aquel sitio tenía que estar algo chalado.

Era una construcción estucada, de una sola planta en la que los parroquianos juntaban mesas y sillas a medida que entraban en confianza.

Una terraza se prolongaba sobre los médanos, debajo de una lujuriosa enredadera y allí se habían dispuesto otras mesas iluminadas por grandes velas de colores.

La brisa resultaba maravillosa y el olorcillo de los pescados asados me hizo gruñir el estómago.

Nos sentamos en una mesa próxima a los médanos y Doola pidió una botella de vino blanco helado.

Todos parecían conocerla muy bien y bromeaban con ella como si fuesen viejos amigos.

Me sentía cómodo y feliz.

Un hombre obeso y con bigotes de magiar se acercó a nuestra

mesa, besó obsequiosamente la mano de Doola y sonrió con una docena de dientes de oro.

—Has tardado mucho en regresar, princesa —dijo el gordo.

—Siempre vuelvo a tus pescados, Yu-Yu, no puedo vivir sin ellos.

El tal Yu-Yu lanzó una risotada y estrechó mi mano.

—Es una fierecilla pero tiene un gran corazón.

Dio media vuelta y se alejó.

—Es el dueño —explicó Doola.

—Ahora comprendo por qué ha podido llamar Sophisticated a este sitio. El mismo es un personaje sofisticado. Y su nombre... Yu-Yu... resulta muy original para tratarse de un sujeto que pesa más de ciento cincuenta kilos.

—Háblame de tu herida —dijo mirándome con fijeza.

—Tengo un oficio algo peligroso, como el tuyo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy una especie de técnico —dije bromeando—. Nunca me gustó hablar de mí y menos de mi oficio.

—Explícate.

—De acuerdo. Trabajo para el ejército bajo contrato. No siempre para el ejército de los Estados Unidos porque mi profesión resulta algo especial y tengo que reconocer que soy un buen especialista.

—Especialista en suspense —dijo simulando una gran irritación.

—Especialista en desactivar bombas.

—¿Qué has dicho?

—Que mi especialidad consiste en desactivar bombas.

—¿Bajo el mar?

—Exactamente.

—¿Estás loco?

—Como todo el mundo, poco más o menos.

Rió al recordar que era la misma respuesta que me había dado aquella mañana.

—Y esa cicatriz es tu última condecoración.

—Mi última condecoración. Estalló cuando me alejaba y un trozo de espoleta se enamoró de mi hombro.

—¿Qué edad tienes?

—¿Por qué lo preguntas?

—Dímelo.

—Treinta y seis.

—¿Cuándo piensas retirarte?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque no puedo pensar en casarme contigo si continúas llevando esa vida —dijo con seriedad.

La miré estupefacto y se echó a reír.

Un camarero depositó una botella de vino blanco y frío entre los dos y nos miró reír como locos mientras la descorchaba.

Serví dos copas y brindamos.

—Por ti y por tu loca manera de vivir —dijo.

—Por los dos, princesa —repliqué.

* * *

La cena estuvo deliciosa. Y la conversación de Doola resultaba fascinante. Era un especie de diosa hipnótica que te atrapaba totalmente con sus palabras, con la promesa constante de su mirada, con la espléndida ofrenda de su cuerpo dorado.

Y yo me sorprendía aletargado en la brillante inquisición de sus pupilas claras y sonrientes.

Bebimos toda la botella y nos dispusimos a marcharnos. Yu-Yu apareció como por encanto a despedirse y esta vez pude observarlo con mayor detenimiento. Vestía ahora una especie de túnica gigantesca, color blanco y bordada con hebras de colores. Parecía una tienda ambulante y sonreía con aquella boca enorme como si fuese el escaparate de una joyería.

Ya nada podía sorprenderme en aquel sitio.

Nos acompañó hasta la puerta.

—¿Iréis andando? —preguntó.

—No, hemos venido en el *jeep.* ¿Por qué?

—Hay algunos vagabundos en la costa, en la playa. Llegaron en barco.

—¿Y bien? —preguntó Doola.

—Son esos tipos con dinero y mucha abulia. Ya me entiendes.

—¿Peligrosos?

—Estuvieron a punto de destruir mi local.

—Tranquilízate, iremos prevenidos —sonrió la muchacha.

—No deseo perder a mi cliente más atractiva —bromeó Yu-Yu y

desapareció como un jeque dentro de su tugurio sofisticado.

Trepamos al *jeep* y Doola puso la primera marcha. Antes de arrancar me miró ceñuda.

—Odio a esos imbéciles que sólo parecen gozar con la violencia.

—La sensualidad de la sangre —dije yo sin demasiada convicción.

—Esta era una isla maravillosa antes de que todos los patanes decidieran hacerse a la mar.

—Olvídalo.

—De acuerdo.

Nos pusimos en marcha.

La noche era exquisita. La luna abría la boca en una sonrisa atónita y se reflejaba en el mar como un sendero movedizo.

Doola recorrió de regreso el mismo camino que habíamos hecho para llegar al restaurante, pasó por delante del hospital y continuó flanqueando el océano.

Ninguno de los dos hablaba, no era necesario.

Por fin las casas comenzaron a hacerse más espaciadas y los médanos que nos separaban del mar ganaron altura hasta elevarnos una decena de metros de la rítmica insistencia de las olas.

—Es una noche especial —dije— y tú una muchacha encantadora. Es mi primera cena amable desde hace mucho tiempo.

—Gracias.

Me miró dulcemente.

Un motor estrepitoso rompió el encantamiento. Doola giró el volante del *jeep* saliéndose de la carretera y dos motocicletas de trial pasaron como una exhalación a nuestro lado.

El *jeep* asomó su hocico en el borde de los médanos. Doola hizo un esfuerzo por regresar a la carretera pero el vehículo se desplazó de costado sobre la arena finísima.

—¡Maldita sea! —exclamó y volvió a girar el volante de modo que el *jeep* se enfrentara con la pronunciada pendiente del médano y descendiera rápidamente hacia la playa.

Todo ocurrió en unos pocos segundos pero fue suficiente para verificar una vez más el temple de la muchacha. Yo me limité a sujetarme con fuerza. No tuve tiempo de sentir miedo y, por otra parte, mi vida ha consistido en un continuo entrenamiento para evitar la desesperación que producen los riesgos.

Llegamos a la playa sin un solo rasguño. Si hubiésemos volcado el negocio hubiese salido mal porque era un *jeep* descapotable y no teníamos cinturones de seguridad ni nada que nos protegiera.

Detuvo el vehículo junto a la línea de espuma y se volvió hacia mí.

—Creo que necesito un cigarrillo —dijo.

Encendí un pitillo y lo deposité entre sus labios. Aspiró con fruición y descendió del *jeep.*

Anduvo hasta que sus pies descalzos se encontraron con el agua. Allí, de pie, iluminada por los faros del coche, parecía una magnífica aparición pletórica de sensualidad.

De pronto miró hacia los médanos. Yo también había escuchado el sonido poderoso de los motores.

Me volví y vi dos faros amarillos que descendían velozmente por la ladera de arena y enfilaban directamente hacia nosotros.

Bajé del *jeep* y eché un vistazo a mi alrededor. La playa estaba desierta.

Las dos motocicletas llegaron hasta nosotros y describieron varios círculos alrededor del *jeep,* haciendo saltar el agua y la arena.

Miré a Doola que giraba siguiendo las evoluciones de las máquinas y me sentí enfermo por aquella violencia estúpida y gratuita.

Eran cuatro. Dos en cada motocicleta. No iba a permitir que ellos llevaran la iniciativa. Primero, porque ya me estaba hartando y segundo porque eran cuatro y no parecían tener intenciones de interesarse por nuestra salud.

Me descalcé y me aproximé a la muchacha.

—Si se pone feo, lárgate —dije por encima del sonido de los motores.

No le di tiempo a contestar. Cuando la primera motocicleta pasó a mi lado pegué un salto y lancé una patada voladora al rostro del conductor. Caí con las piernas flexionadas mientras la motocicleta derrapaba hacia el mar precipitándose espectacularmente entre las olas.

La otra moto se me vino encima.

La violencia es como una enfermedad virósica. Te ataca y hace eclosión en pocos segundos hasta convertirte en otra persona. Yo no necesitaba demasiado estímulo para llegar a ese estado. Sólo, que

me introducía en él fríamente.

Cuando estaba sobre mí salté a un costado, trepé al *jeep* y llegué al otro lado al mismo tiempo que la motocicleta. Entonces me lancé sobre ellos y conseguí arrastrar conmigo al acompañante.

El conductor dominó su máquina y prosiguió con el giro.

Cogí al muchacho por los cabellos, lo sujeté un segundo y luego descargué un golpe seco con el canto de mi mano en su prominente manzana de Adán.

Lo solté y me volví.

Doola lanzó un grito.

Un tipo ataviado con pantalones y cazadora tejana la sostenía por la cintura y una manaza velluda se aplastaba contra sus senos.

No perdí la cabeza.

Eran tres y se habían reunido junto a la muchacha.

Sonreían como hienas en presencia de un bebé gacela.

—Vamos, chicos —dije con mi voz de homosexual declarado— si lo que deseáis es divertiros un poco tal vez yo mismo pueda ayudaros. Es una zorrita atractiva, ¿verdad?

Los sorprendí. No iba a darles tiempo a que se rehicieran.

—Miradla bien. Tiene un cuerpo capaz de soportarnos a todos, ¿por qué continuar peleándonos?

Me acerqué a ellos.

El que sostenía a Doola comenzó a manosear los senos por encima de la blusa.

No miré a la muchacha, debía proseguir con mi actuación.

Los otros dos estaban junto al *jeep* a un par de metros de distancia de mí y a un metro de Doola y su cariñoso amigo.

Di un paso y luego otro. Sonreí con todos los dientes estiré una mano y cogí la blusa de Doola. Tiré de ella y dejé al descubierto sus senos.

En el mismo momento me volví y asesté un feroz puntapié en la entrepierna del tipo que tenía a mi izquierda. No lo vi doblarse porque mi mano derecha voló en dirección al rostro del tercer muñeco de guerra.

Llegué con mis nudillos hasta su nariz por dos veces consecutivas antes de que mi pie se hundiera en su estómago.

Sentía la sangre bullir en mi cabeza y los músculos de todo el cuerpo enardecidos por la acción. Podría haber ganado el decatlón

de ese año si comenzara en aquel momento.

—¡Perra! —gritó el tipo que sostenía a Doola.

Ella había alzado la mano y rasguñado su rostro. Se zafó y cayó arrodillada. Se puso de pie inmediatamente y giró con celeridad. Su pierna derecha se estrelló contra el rostro del tipo que retrocedió hacia la orilla y cayó de espaldas en el agua.

Fui hasta él, lo saqué del mar y ayudé a su cabeza a encontrar la paz que estaba necesitando mediante un corto *jab* a la mandíbula.

Lo llevé hasta el médano y repetí la operación con los otros tres.

Uno de ellos estaba consciente y nos miraba con ojos desorbitados.

—Mala suerte, compañero, no siempre se puede ganar —dije—. Si te mueves te romperé el espinazo. Jamás bromeo delante de una dama.

Fui a por las motocicletas y las deposité a un par de metros del grupo de señoritos violentos.

Comenzaron a despertarse.

Quité los tapones de los tanques de gasolina y volqué su contenido sobre las motocicletas.

—¿Tienes una cerilla? —pregunté a Doola.

Ella se acercó y arrojó una caja de cerillas encendidas sobre la gasolina.

Fue un excelente incendio.

Subimos al *jeep*. Yo me senté detrás del volante, enganché la primera marcha y di la vuelta buscando un sitio por donde trepar el médano y llegar a la carretera.

—No —dijo ella—, continúa por la playa. Más adelante hay un acceso. Es una noche espléndida.

Se estiró sobre su asiento y me acarició la nuca.

—Me siento como un héroe de película de segunda —dije.

Se pegó a mi cuerpo y me besó los labios.

Entonces reparé que continuaba con los pechos desnudos y una ola tibia recorrió mi sangre.

—Fue una buena actuación —dijo sonriente.

—Y eso que todavía no conoces la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó apartándose ligeramente de mí.

—Les pagué para que nos atacaran. Necesitaba un pretexto creíble para arrancarte la blusa.

Lanzó una carcajada y me besó con fuerza en los labios, las mejillas, el cuello y nuevamente los labios.

—Mírame —dijo.

—Haré algo mejor que eso, princesa. Pero antes me debes una copa.

Llegamos a su casa veinte minutos más tarde.

Era una hermosa construcción de piedra y madera que se alzaba sobre una terraza rocosa, junto al mar. No tenía jardín porque parte de la selva, parte del mar y parte de la playa le pertenecían en solitario.

Entramos y sin encender la luz caímos sobre un canapé. La luz de la luna iluminó su cuerpo mientras la desvestía. Era una escultura de plata y carne viva. La besé en cada poro y la busqué una y mil veces hasta que ya no tenía otro camino que devorarla.

—Aguarda un instante... —pidió con voz entrecortada.

Fue desnuda hasta un mueble, sirvió dos copas y regresó a mi lado. Mi respiración era semejante a la de un yeti que acaba de cruzar el Mediterráneo a nado.

—Bebe... —ordenó con infinita sensualidad.

Era una diosa jugando con el deseo. Me sentí capaz de invadir el Pentágono sólo por volver a besar su cuerpo.

Tragué el whisky de un sorbo y miré cómo ella hacía lo propio.

Cuando me ofreció su boca perdí toda noción de la realidad. Me sentía borracho como cuando uno se sumerge más allá de la profundidad debida y comienza a sentir esa espeluznante y dichosa sensación de ligereza que suele terminar con un accidente fatal.

Esta vez ella era mi accidente. Un accidente vital.

* * *

—¿Dónde está el teléfono? —pregunté.

Estaba desnuda en la puerta del dormitorio y me observaba con ojos de gata ebria.

—Junto al mueble bar.

Llamé al hospital y dije que volvería a telefonear por la tarde. El doctor Malone deseaba verme.

—Está bien —dije—, pero tendrá que aguardar hasta esta noche.

Colgué y me volví hacia ella.

—¿Qué planes tienes? —preguntó.
Mi respuesta fue en especies.

CAPITULO IV

Me dejó ante el hospital cuando regresamos del mar.

Habíamos pasado el día en el bote de caucho, buceando y haciendo el amor bajo un sol de plomo fundido. Me sentía agotado y feliz. No quería alejarme de ella.

—Te llamaré en una hora —dijo desde el *jeep*.

—Ven directamente, no podré resistir tanto tiempo sin oler tu perfume.

—De acuerdo.

Arrancó rápidamente y vi su melena rubia flotar en el aire cálido del atardecer.

Cuando atravesé el vestíbulo del hospital la telefonista me dijo que el doctor Malone había tenido que salir, pero que había alguien aguardándome en la cafetería.

Pensé en el almirante Thorpe y sentí una oleada de irritación. Era la última persona a la que deseaba encontrarme en aquel momento. Continuaba prendido al éxtasis de Doola Lanford.

Atisbé dentro de la cafetería y vi al coronel Mallory asido a una jarra de cerveza como un náufrago a un chaleco salvavidas.

—Salud, coronel —dije.

—¡Qué casualidad, Duncan! —exclamó con su rostro de bulldog —. ¿Qué haces tú aquí?

—Supe que estaba por dar a luz, coronel. Me he olvidado el ramillete de violetas pero le aseguro que si es un niña le compraré el primer triciclo. ¿Vale?

—Muy gracioso —dijo y levantó un dedo para que el camarero trajera más cerveza.

—¿Qué tal el buen almirante?

—Tendrá que alimentarse de yogur durante noventa días, su estómago ha quedado muy sensible después de la charla que mantuvo contigo.

—Estupendo. Prefiero sus modales de oso a las maneras atildadas del querido Thorpe.

—Escucha, pájaro, esta vez se trata de algo muy importante.

Siempre comenzaba igual. Yo me negaba, él me convencía y firmábamos el contrato. Más tarde, si tenía suerte, cobraba mis honorarios y me emborrachaba. Si no la tenía cobraba mis honorarios en la cama de un hospital.

—No creo que vuelva a trabajar para el ejército.

—Es tu oportunidad de retirarte.

—Me gusta esa música, coronel. Pero creo que me está engañando.

—Pasaré por alto esa calumnia. ¿Hablamos en serio?

Me sorprendió el tono firme de su voz y la severidad que brilló en sus pupilas oscuras. Incluso dejó la jarra de cerveza sobre la mesa y se volvió hacia mí.

Era alto y sólido como un quebracho paraguayo. Tenía más imaginación que Salgari y podía aparentar ser un tipo simple sólo para observar las reacciones de los demás.

—Está bien —dije—, vamos a mi habitación.

—No, no me gustan las habitaciones de hospital. Prefiero que cenemos en algún sitio apacible sin música de rock ni muchachas ligeras que me guiñen el ojo.

Ya me entiendes, un sitio en el que podamos charlar con tranquilidad.

—Tengo una cita.

—Puedo imaginarlo, pero la romperás.

—¿Por qué habría de hacerlo, coronel?

Me miró como un viejo profesor que conoce perfectamente la calaña de su peor alumno.

—Por un cuarto de millón de dólares —dijo y bebió un sorbo de su cerveza.

—Suena interesante —farfullé, pensando que bromeaba.

—Doscientos cincuenta mil dólares libres de impuestos —repitió y esta vez le creí.

—¿Quiere decir que el Pentágono va a pagarme esa suma por un trabajito?

—El Gobierno no pagará un duro, chico.

—Está bien, creo que será mejor ir a ese sitio apacible. Voy a hacer una llamada telefónica.

Llamé a Doola.

—Hola, encanto —dije.

—No lo digas, ha surgido un inconveniente.

—Tal vez sea un inconveniente para nuestra cita de esta noche, pero también se trata de una solución para el resto de mi vida.

—Déjate de suspense.

—Te veré mañana por la mañana en la cala, ¿de acuerdo? Tengo una proposición que hacerte.

—La respuesta es sí —dijo con una sonrisa que me llenó la sangre de pinchazos ardientes.

Cuando colgué pensé seriamente en mandar al infierno el dinero y reunirme con ella para emprender otro safari.

Me contuve y regresé a la cafetería.

El coronel Mallory había pagado las cervezas y miraba su reloj.

—Vamos, payaso, no tenemos toda la noche y tengo hambre.

—Usted manda, es el que maneja los cuartos —respondí.

* * *

Fuimos en el coche del coronel hasta el Sophisticated y Yu-Yu se alegró mucho de volver a verme. Saludó ceremoniosamente a Mallory y nos sirvió una copa por cuenta de la casa.

Vestía bombachos amplios de gaucho, blusa zíngara, cinturón ancho tachonado de monedas antiguas y alpargatas de suela de yute con tiras rojas cruzadas sobre su pantorrilla. Los bombachos eran blancos y la blusa color granate.

Su aspecto era imponente y sonreí al ver la expresión estupefacta del coronel.

Buscamos una mesa en la terraza y me dispuse a escuchar la oferta.

—Como sabes bien, el ejército contrata los servicios de múltiples empresas para llevar adelante sus planes de investigación espacial. Esos servicios se ganan por licitación y suelen estar rodeados del máximo secreto.

—Estoy enterado —dije bebiendo un sorbo de vino blanco helado y recordando a Doola.

—Te daré la idea general del asunto. Un avión de una compañía X sufrió una avería y dejó caer un cargamento al mar. Lo lanzó en paracaídas y por tanto debe suponerse que no sufrió daños.

—¿Dónde?

—Ya llegaremos a eso. La profundidad aproximada del área es de unas veinte brazas.

—Ya.

—El equipo que hay dentro del embalaje tiene un valor de varios millones de dólares pero eso no es nada comparado con el valor de información científica que obtendría cualquiera que se hiciese con el cargamento.

—Entiendo.

—La empresa X financiará el equipo de salvamento y abonará en concepto de honorarios un cuarto de millón de dólares.

—¿Se conoce el sitio exacto?

—No te llevará más de quince días dar con él una vez que comiences la búsqueda.

Encendí un cigarrillo y bebí un poco de vino. Parecía una excelente oportunidad para retirarme. Tenía algunos dólares ahorrados pero no era una suma tan respetable como para dedicarme a holgazanear. Con doscientos cincuenta mil dólares podría pensar con calma, sin apuros.

—¿Cuál es la trampa? —pregunté.

—No creerás que te he elegido a ti por tu buen corazón, ¿verdad?

—Potencias extranjeras, espías, mercenarios, intrigas internacionales…, ¿qué elijo?

—Vivimos en un mundo complicado, Duncan.

—¿Quiénes están buscando el paquete?

—El piloto del avión que arrojó el equipo al mar desapareció una semana después del accidente.

—¿Juerga?

—Lo hallaron flotando en un pantano de Florida cuatro días más tarde. La autopsia reveló que había sido drogado a conciencia. Ha hablado.

—Estupendo —dije sin alegría.

—Creemos que se trata de espionaje industrial. Ni más ni menos.

—Ya.

—Harán cualquier cosa por recuperar la carga.

—¿Por qué no mandáis una docena de destructores, cuatro

portaviones y seis mil helicópteros a la zona y retiráis la mercancía sin inconvenientes?

Sabía que era una pregunta estúpida pero me divirtió hacerla.

—Porque el paquete no está en aguas jurisdiccionales norteamericanas.

—Ya me lo parecía. ¿Dónde cayó?

—Lo sabrás cuando aceptes el trato.

—¿Por qué me dejarán intentarlo a mí? A fin de cuentas soy ciudadano norteamericano.

—Porque irás como deportista. Eres un excelente buceador y nadie dudará de tus credenciales.

—Eso significa que habrá allí más gentes, más buceadores. Y entre ellos un grupo de camaradas dispuestos a todo. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Una verdad grande como la sonrisa de Bob Hope —dijo una voz encantadora a mi espalda.

Sentí dos manos apoyarse en mis hombros y el roce enervante de los labios de Doola sobre la piel sensibilizada de mi cuello.

El coronel Mallory se puso de pie y sonrió como yo jamás lo había visto hacerlo antes.

Me volví.

Doola vestía una blusa mexicana de escote redondo, pronunciado y locuaz. Una falda amplia y larga hasta los tobillos. Los brazos desnudos, los hombros desnudos y la visión de sus maravillosos senos semidesnudos me dejaron sin respiración.

Mallory sufría los mismos efectos.

—Es mi cita —dije con una sonrisa y besé un hombro dorado y tibio.

—¿Puedo sentarme o estáis arreglando el mundo en secreto?

—El mundo puede esperar —dijo el bulldog.

—Soy Doola Lanford —dijo ella tendiéndole la mano.

Mallory la besó anonadado.

—El coronel Mallory —intervine yo al comprobar que el bulldog había perdido el don del ladrido.

—¿Qué hace usted aparte de dejar a los caballeros sin aliento? —preguntó el coronel.

—Fotografío cosas... debajo del mar.

—¡Perfecto! —exclamó el bulldog.

Lo miré sin comprenderlo.

—Es un buen trabajo —rió ella, encantadora.

Mallory vestía un traje de color marrón claro y camisa abierta al cuello. Era la primera vez que lo veía sin uniforme y comprobaba que podía confundirse con un individuo normal en presencia de una ninfa de la categoría de Doola.

—¿En qué está pensando? —pregunté.

—¿Cuánto hace que la conoces?

—Veinticuatro horas —dije.

—¿Eres de confianza? —preguntó a la muchacha.

—Depende. Depende… —replicó Doola con mirada soñadora.

Besé su mano.

—Será perfecto —ronroneó el bulldog—, la cobertura perfecta.

—¿De qué está hablando? —preguntó Doola.

—De una aventura, en el Pacífico, en un sitio encantador —dijo el coronel.

—Donde un equipo de asesinos pretenderán jugar con nosotros a la vivisección —intervine yo.

—Tal vez me interese, podré sacar buenas fotografías. Nunca está de más ganar algunos dólares extra.

La voz ingenua de Doola hizo lanzar una carcajada a Mallory.

—Tal vez consiga trescientos —dijo gravemente sin quitar los ojos de la muchacha.

—¿Trescientos? —preguntó ella.

—No —dije yo.

—Un momento, deja que sea yo quien decida… cuando me entere de qué diablos estáis hablando.

—¿Lo ves? —rió Mallory—. Has dado con una mujer bella e inteligente.

—Es muy peligroso —dije con firmeza, procurando imaginarme con ella a solas en un balandro junto a una isla paradisíaca esquivando los disparos de la competencia.

—Coronel, ¿cuál es la propuesta?

—Rescatar algo del mar.

—¿Una bomba? —la voz de Doola era serena.

—No, pero también puede estallar. Hay más gentes que buscan la mercancía y ya han matado por ella —dije yo.

—¿Aceptarás tú? —me preguntó directamente.

—Me pagarán doscientos cincuenta mil dólares y creo que vale la pena el riesgo. De eso quería hablar contigo mañana por la mañana.

—Discutamos el asunto ahora —reflexionó Doola mirándose las manos.

—Será muy peligroso. Si resulta bien ganaréis trescientos mil dólares —metió baza el coronel.

Doola se puso de pie, se alejó hacia la barra y regresó con una botella de ron.

Sirvió tres copas y bebimos hipnotizados.

—Coronel, le daremos una respuesta mañana por la mañana. ¿De acuerdo?

No pude menos que sonreír.

—Es toda una mujer —balbuceó Mallory—, sabrá convencerte.

—No voy a convencerlo, coronel. Me limitaré a explicarle mi punto de vista. El decidirá ya que es el experto, pero necesito mi oportunidad para resultar… elocuente.

Mallory se puso de pie.

El Sophisticated estaba casi vacío. Yu-Yu hablaba con una muchacha junto a la barra y los camareros apagaban las luces.

Cuando entraron los cuatro tipos me puse de pie y Mallory giró en dirección adonde yo estaba mirando.

Eran los mismos que la noche anterior habían hecho su exhibición en la playa. Llevaban cadenas y bates de béisbol. Vestían tejanos y camisas chillonas. Parecían la versión moderna de los antiguos beatniks.

—Tuvimos una pelea anoche en la playa —expliqué al coronel —, les quemé las motocicletas y se llevaron algunos golpes.

—Puedo verlo —dijo el coronel.

Uno de ellos, el que había cogido a Doola apoyó la hoja de una navaja en el enorme cuello de Yu-Yu y me dedicó una sonrisa de dientes perfectos. Eran niños bien, holgazanes de buena renta acostumbrados a llevarse todo por delante.

—Vamos a romperte los huesos y luego nos divertiremos con la zorrita —dijo apretando la hoja de la navaja contra el cuello de Yu-Yu.

Una gota de sangre ensució el cuello de la blusa zíngara.

Mallory no decía nada.

Los tres tipos se acercaron con aspecto seguro y amenazador. De no ser porque yo sabía que estaban dispuestos a todo me hubiese echado a reír.

Estaban a cinco o seis metros cuando el coronel introdujo su manaza debajo de la chaqueta y la extrajo portando una enorme pistola de calibre 45. Apuntó cuidadosamente al tipo que sostenía la navaja.

Pude ver la expresión demudada que se estampaba en sus rostros.

Comenzó a apretar el gatillo.

Doola miraba la escena como si no comprendiera lo que ocurría.

En el último instante Mallory apartó un milímetro la pistola e hizo fuego.

La bala silbó junto a la cabeza del muñeco de la navaja que se arrojó al suelo. Yu-Yu desapareció detrás de la barra y la muchacha que estaba con él comenzó a chillar histérica.

Yu-Yu sacó una manaza desde detrás de la barra, la atrapó por el cuello y la mujer dejó de gritar.

Mallory los cubría con su cañón de mano.

—Llama a la policía —me dijo con su voz de soldado de pocas pulgas.

Cuando llegó la ley todo lo que tuvo que hacer fue mostrarles su credencial de coronel. Se los llevaron a empujones. Yu-Yu nos invitó a una copa y anunció que siempre que lo deseáramos su restaurante estaría a nuestra disposición.

Mallory dijo que le tomaba la palabra.

Bebimos hasta que se nos acabaron las carcajadas. Mallory se quedó a dormir allí mismo y Doola y yo fuimos en el *jeep* hasta su casa de la playa.

Estaba seguro que me dejaría convencer.

Y así fue.

Todo lo que necesité fue verla desnudándose contra la claridad lunar de la ventana para comprender que no podría prescindir de ella.

Nunca más.

Cuando me besó me olvidé de los dólares y de Mallory.

Éramos una *troupe* de acróbatas jugando al placer total.

CAPITULO V

El archipiélago de las Nuevas Hébridas, en el Pacífico Sur, al este de Australia, está sometido a la administración conjunta anglofrancesa y comprende unas cuarenta islas e islotes volcánicos y montañosos. El conjunto de islas situadas entre Nueva Caledonia y las islas Salomón tiene una población aproximada a los cien mil habitantes y el mar de coral las separa de la isla más grande del mundo, la isla-continente, la heterogénea y sugestiva Australia.

El coronel Mallory nos hizo trasladar hasta Malekula y desde allí, en un balandro magnífico nos dirigimos hacia la pequeña isla desde la cual se organizaba la competición de submarinistas.

En realidad se trataba de una especie de torneo para individuos muy ricos, capaces de aguantar el tren de vida que implicaba ir hasta las Nuevas Hébridas, disponer de una embarcación propia y enrolarse en las huestes de millonarios que pululaban en el fastuoso hotel Saint Paul, construido especialmente para ejércitos engalanados de dólares y dispuestos a ofrendarse a la buena vida.

La competición no era más que un pretexto como cualquier otro que serviría para publicitar el Saint Paul y las dos o tres docenas de bungalows cinematográficos donde las muchachas más bellas del mundo ofertaban las pieles más espléndidas a los mejores postores del mercado.

Sin embargo, tengo que reconocer que la competición atrapaba a bastantes aficionados y ello se debía a dos razones: la primera consiste en que las competencias deportivas son muy aplaudidas por los holgazanes atléticos de grandes cuentas bancarias y en segundo lugar porque muchos de ellos conocían el paño y tenían un pretexto para pasear su ocio al amparo de un desafío.

Doola se sentía radiante y confieso que verla tan dichosa me hacía un efecto saludable.

Un avión nos trasladó desde la isla a Nueva York. Allí recibimos las instrucciones pertinentes y credenciales «abrelotodo». Un helicóptero nos llevó nuevamente al aeropuerto y desde allí un

avión nos depositó en Vila, capital del archipiélago. Llegamos a Malekula, recogimos el balandro y navegamos hasta el islote del Saint Paul, como comenzaban a denominar el nuevo centro de dispersión internacional.

No me hubiera sorprendido que la competición misma fuese idea del departamento de Estado norteamericano que no estaba dispuesto a perder el tesoro tecnológico que dormitaba bajo la superficie turquesa del mar.

La explicación fue sencilla: las grandes compañías no tienen patria, por lo tanto la lucha por ir delante de los competidores no se embandera en absoluto. La ley del más fuerte reproduce sus características en el mercado del espionaje industrial y resulta bastante más depredadora que cualquier otra batalla, animal o vegetal.

Por tanto yo tenía que recuperar un paquete de varios millones de dólares sin el apoyo francés o inglés, ni siquiera contando con el apoyo norteamericano, ya que nadie sabía dónde se ocultaba el espía, el asesino, en definitiva: el representante de la competencia.

Doola había observado interesada a Mallory mientras nos explicaba la situación porque todo aquello le parecía una fantasía más digna de un best-seller que de la realidad en la que había vivido hasta sus veintisiete años.

Ahora, mirándola echada como una lagarta dorada sobre la cubierta del balandro, estirada y felina, bellísima, todo el tinglado al que deberíamos enfrentarnos parecía una pesadilla ajena.

Nos acercamos al puerto deportivo de Saint Paul cuando el sol caía sobre un océano enrojecido y en calma. El barco se inclinó ligeramente y el agua murmuró contra el casco.

—¡Es fantástico! —exclamó Doola sentándose en la cubierta para mirar las hileras de yates y veleros perfectamente ordenados en sus respectivos espejos de agua frente al malecón estucado sobre el que destacaban los letreros de neón de los distintos tugurios de clase alta construidos por el consorcio del Saint Paul. Leí una serie de nombres poco originales: Morgan's Tavern, Chez Pardiez, Alí Babá, Los Miserables... Construido sobre el terreno volcánico y rodeado de jardines subtropicales implantados allí por obra y gracia de una legión de jardineros orientales, la fachada espléndida del hotel parecía dominar el océano y la ciudadela que había nacido a

su alrededor.

—Nadie diría que allí hay un grupo de caballeros dispuestos a cortarnos en pedazos, ¿verdad? —dijo Doola.

—Procura verlo de este modo, princesa: dos semanas de vacaciones pagadas y toda una vida de ricos a cambio de un riesgo calculado.

—¿Es así como te enfrentas con tus bombas sumergidas?

—Exacto.

—Procuraré pensarlo de ese modo.

—Ven aquí, quiero darte un abrazo.

Apreté su cuerpo espléndido contra mi pecho velludo y le hice cosquillas.

—Me pondré el sujetador —dijo escapando a mi abrazo.

—Buena idea, no deseo luchar contra una horda de sátiros en mi primer día de señorito rico.

Eché el ancla y detuve el motor que había encendido para entrar a puerto y maniobrar entre las embarcaciones.

Un grupo de hombres y mujeres muy elegantes reía bulliciosamente en la cubierta de un enorme yate llamado *Queen Amarú.*

Cuando pasamos junto a él por el malecón nos saludaron con las manos en alto, esgrimiendo sus copas de champaña como si fuesen pistolas láser.

Doola les envió un beso con los dedos y recibió a cambio una serie de silbidos.

—Limítate a coquetear con este hijo de Georgia —le espeté con mi sonrisa de líder regional del Ku-Klux-Klan.

Pasó un brazo alrededor de mi cintura y entramos en el predio del hotel.

Nuestro bungalow era amplio y de una sola estancia aparte del cuarto de baño y una pequeña cocina.

Abrí las ventanas del dormitorio y suspiré. Aquella noche habría un baile de presentación y al día siguiente comenzaría la aventura.

* * *

Estábamos bailando después de cenar y estrechar un sinfín de manos cuando Doola me miró fijamente y dijo:

—¿Cómo se enteraron que el piloto de ese avión había arrojado la carga al mar?

—No lo sé —repliqué.

Continuamos bailando.

—Creo que alguien pasó el soplo —agregó Doola.

La idea se instaló cómodamente en mi cerebro.

Salimos a la terraza bailando. Había allí tres parejas más y cuatro hombres solos, elegantes y bebidos.

Uno de ellos se acercó a nosotros y apoyó la mano sobre el hombro de Doola.

—¿Puedo? —preguntó.

Me aparté y Doola se alejó bailando entre los brazos del desconocido.

Encendí un cigarrillo y miré hacia el muelle.

Era posible que hubiese un espía en el ejército o en la propia compañía que había construido el artefacto, pero... ¿qué diablos importaba?

Lo único válido era recuperar la carga. El resto sería cuestión de la CIA o de quien fuese.

Los tres tipos que estaban con el acompañante de Doola se habían marchado.

Busqué a mi compañera pero no pude localizarla. Terminé el pitillo y entré en el salón de baile. No estaba por ninguna parte. Atravesé el vestíbulo y pregunté a todos los camareros si la habían visto. Con su vestido de gasa azul no podía pasar desapercibida.

Por fin me dijeron que había salido acompañada por cuatro caballeros. Corrí por el jardín hasta el muelle pero no vi a nadie sospechoso.

Fui hasta el bungalow, cogí mi Walther PPK y volví al salón de baile.

Fui directamente a la conserjería y cogí el libro de registro. Sólo había parejas en los bungalows.

—No puede revisar los libros —dijo un hombre ataviado con el uniforme del Saint Paul.

—Estoy buscando a unos amigos. Son cuatro. Uno de ellos lleva bigotes pequeños, bien recortados.

Era el que había bailado con Doola.

—No lo conozco, tal vez esté en un yate privado, —contestó el

conserje de mala manera.

—Gracias.

Regresé al muelle. Habría al menos cuarenta embarcaciones. Descarté las más pequeñas aunque tal vez estuviesen en dos naves y no en una sola. Incluso era posible que... Al demonio, no ganaría nada complicándome con hipótesis y más hipótesis.

Descarté los balandros de dos y cuatro personas. Había allí unos quince yates de lujo. Seis de ellos demasiado grandes y en todos se bailaba en cubierta. Miré los nueve restantes. Era absurdo ir a revisarlos uno por uno.

Comencé a sentirme enfermo. Jamás había tenido que preocuparme por nadie más que yo.

Junto a nuestro balandro, la fiesta continuaba en la cubierta del *Queen Amará.*

Me aproximé y me saludaron.

—¿Habéis visto a mi mujer con un grupo de amigos? —pregunté.

—No, nadie ha pasado por aquí sin aceptar una copa. Suba a bordo.

—Lo siento, volveré en cuanto dé con ella —dije y regresé al bungalow.

Mi corazón tenía convulsiones.

Abrí la puerta y supe que algo andaba mal. Se trataba del olor. Era un olor penetrante. A perfume.

En el cuarto de baño, sentada en la bañera, desnuda, Doola dormía profundamente. A su lado había un frasco de perfume roto.

Llené la bañera con agua fría y le golpeé el rostro. No pude despertarla.

La habían drogado.

Su pulso era normal y respiraba sin dificultad.

Decidí dejarla dormir.

El mensaje estaba claro, podían cogernos cuando lo desearan. Se trataba de un aviso. Sabían quiénes éramos.

La sequé y la introduje en la cama. Cubrí su cuerpo con una sábana y me senté a fumar.

Me preguntaba por qué diablos lo habrían hecho. ¿Sólo para asustarnos? Lo supe en el momento en que sonó el teléfono. Iban a hacerme una oferta.

—Soy Duncan.

—¿Cuánto? —preguntó la voz.

No la reconocí.

—Usted no tiene suficiente dinero —respondí mordiendo las palabras.

—La muchacha podría estar muerta.

—Sí —reconocí—, pero no lo está.

—Depende de usted, Duncan.

—¿Cuál es su oferta?

—Díganos una cifra. Agregue el cincuenta por ciento a lo que le han ofrecido y cerraremos el trato.

—¿Por qué?

—Usted es el mejor y necesitamos un profesional. El material resulta único y valioso. No deseamos correr riesgos. Tenemos su historial.

—La respuesta es no.

Cortaron la comunicación.

Regresé junto a Doola.

Dormía plácidamente.

Encendí un nuevo cigarrillo, me serví un whisky doble, revisé la carga de mi pistola y aguardé a que despertara.

* * *

El balandro hendió las olas y siguió el derrotero que yo había decidido según las instrucciones de Mallory.

Doola todavía estaba atontada pero se repondría con la brisa fresca del amanecer.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Qué ocurrió?

—Te drogaron.

—No recuerdo nada.

—Querían chantajearme. Me ofrecieron cuatrocientos cincuenta mil dólares si trabajaba para ellos.

—Entiendo. Sólo pretendían demostrar que eras vulnerable. Yo soy tu talón de Aquiles.

—No te inquietes. Tengo mis propios planes.

Me besó en el cuello y permaneció abrazada a mí mientras yo

sujetaba el timón con una pierna y encendía un cigarrillo.

—Prepararé los equipos —dijo.

El mar estaba en calma y una brisa agradable hinchaba las velas y me permitía conservar una velocidad respetable.

Había decidido comenzar en un extremo de un cuadrante y batir de norte a sur toda la zona demarcada hasta dar con la caja. El paracaídas que la sostenía era de seda roja y blanca. Tal vez tuviera suerte y diera con él.

Al mediodía llegamos al cuadrante que había marcado en la carta náutica y dejé caer el ancla. Había dieciocho brazas de profundidad. A lo lejos se veía la silueta de un yate grande y de dos o tres balandros de doce o quince metros.

—Todo listo —dijo Doola.

—Echaré un vistazo. Llevaré dos cilindros de 1.800 litros de modo que podré permanecer unos veinte minutos a cuarenta metros de profundidad. Subiré en quince. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Me mantendré alerta.

—Ten la pistola a mano.

—No te preocupes por mí.

Se quitó la blusa y los tejanos. Llevaba solamente una pequeña braga blanca.

Me miró durante un instante y luego también se la quitó.

—¿Estás provocándome?

—Tengo caprichos —dijo sonriendo.

Ajusté el cinturón con pesas y comprobé que la hebilla se desprendía con facilidad. Verifiqué el resto del equipo: aletas, correas de sostén del «aqualung», el tubo respirador que utilizaría en la superficie y luego respiré con la válvula cerrada para comprobar que no había pérdidas. Abrí entonces la válvula y conecté el aire para examinar que me llegaba sin dificultad.

Le envié un beso y descendí al mar por la escalerilla de estribor.

Me sumergí lentamente. Entró un poco de agua en los lentes de modo que los sujeté con una mano por la parte superior, respiré por la nariz y el agua escapó por la parte inferior.

Nadé en diagonal hasta llegar al fondo. En mi medidor de profundidad verifiqué que estaba a quince brazas. Miré hacia arriba y vi la silueta del balandro recortada sobre el lago de luz de la superficie.

El fondo marino estaba cubierto de formaciones coralíferas y arena blanca. Multitud de peces nadaban a mi alrededor observándome con sus asombrados ojos taciturnos desprovistos de párpados. Me sentí inmensamente feliz. Estaba en mi elemento. Jamás podría dejar de bucear. Era mi vida, toda mi vida.

Aleteé lentamente recorriendo una cincuentena de metros en dirección norte y regresando al punto de partida a unos diez o quince metros de la línea que había seguido antes. Estaba decidido a «rastrillar» todo el área hasta dar con el maldito bulto.

Era un cofre cilíndrico de poco más de un metro de largo por cincuenta centímetros de diámetro. No pesaba más de treinta kilos y su color era plateado con bandas rojas brillantes.

Hundí el brazo en la arena y entró sin dificultad hasta el codo. Si aquel cilindro estaba enterrado podría quedarme allí abajo el resto de mi vida y no hallaría ni una maldita señal.

Vigilé atentamente el tiempo de inmersión y cuando verifiqué que había estado quince minutos comencé a ascender a razón de quince metros por minuto para evitar la «enfermedad de descompresión». Cuando uno se sumerge el aire que se respira tiene una presión igual a la del agua que lo rodea. A esta presión el nitrógeno del aire es absorbido por la sangre y satura los tejidos del cuerpo. La cantidad de nitrógeno que se absorbe está en relación con el tiempo de la inmersión y la profundidad. Al ascender, la cantidad extra de nitrógeno es eliminada naturalmente por vía de la sangre y los pulmones. No obstante, superada cierta profundidad, si el nadador asciende con mucha rapidez el nitrógeno tenderá a salir velozmente y creará burbujas en los tejidos provocando molestias y dolores que se conocen con el nombre de «giros» o «curvas», es decir, la peligrosa «enfermedad de descompresión».

Los efectos de este mal pueden provocar parálisis e incluso la muerte.

Las burbujas de la respiración ascienden a la superficie a unos veinte metros por minuto y ésa es la velocidad a que debe ascender el nadador para evitar un «giro». Yo había adoptado como norma subir a quince metros por minuto. Suelo ser precavido y es una costumbre sabia porque mi trabajo es en solitario y no puedo permitirme errores.

La profundidad puede provocar una especie de borrachera que

se denomina «narcosis de la profundidad» que se acentúa más allá de los treinta metros y afecta los sentidos y el buen juicio por lo que sus efectos deben percibirse apenas se presentan para evitar el momento agudo de la borrachera que produce un exceso de confianza que suele conducir a la muerte.

Salí junto al balandro.

Lo primero que vi fue el rostro maravilloso de Doola y su cuerpo bronceado y desnudo inclinado sobre la borda.

—¿Hubo suerte? —preguntó.

—Tú eres toda la suerte que necesito —repliqué.

Subí a bordo y me ayudó a quitarme el arnés con los cilindros.

Miré hacia la costa.

—Sólo hay tres barcos —dijo Doola adivinando mi pensamiento — y han estado allí sin moverse demasiado.

—Puede ser cualquiera de ellos. Estaremos alerta.

—Ahora bajaré yo, jefe —bromeó.

La ayudé a ponerse el arnés y a comprobar el equipo.

—Ten cuidado —advertí—, no hace falta arriesgarse.

—Sí, papá.

La besé en un hombro y la ayudé a introducirse en el mar. Desapareció en seguida y yo permanecí observando las burbujas que iban apareciendo en la superficie y que indicaban su itinerario submarino.

Encendí un cigarrillo y aspiré con delectación.

La línea de burbujas seguía una recta que se alejaba perpendicularmente del balandro.

Fui hasta la timonera y busqué los prismáticos. Examiné atentamente el horizonte y reparé detalladamente en los tres yates detenidos en la distancia.

Uno era el que estaba en el espejo de agua contiguo al nuestro, donde se había celebrado la fiesta la noche anterior.

Otro era un hermoso navío de líneas aerodinámicas y puente alto especial para pesca de altura. Vi a dos marineros sobre la cubierta pero a aquella distancia me era imposible apreciar sus rasgos.

El tercer yate era demasiado grande para ser una base de operaciones de un grupo dispuesto a todo.

Volví a observar la superficie del océano y descubrí nuevamente

las burbujas de la respiración de Doola. Habían pasado sólo cinco minutos y ya estaba otra vez en línea con el balandro, ligeramente desplazada hacia babor.

Me extrañó aquella desviación. Era una nadadora experta y no resultaba difícil conservar la orientación tomando como punto de referencia el balandro quieto.

Arrojé el cigarrillo al agua y con una sorda inquietud eché un vistazo más amplio a la serena superficie del océano.

Y entonces comprendí.

Una línea de burbujas correcta, siguiendo el itinerario fijado para la exploración submarina se aproximaba al balandro a una distancia de treinta o treinta y cinco metros.

Las burbujas desviadas correspondían a otro buceador.

Cogí los lentes y el tubo respirador y salté al agua. Ajusté el visor antes de nadar hacia el invasor observando las profundidades desde la superficie.

Cuando lo vi el tipo nadaba a unos quince metros de profundidad en línea recta hacia Doola.

Aspiré un par de veces para expulsar el aire gastado y a la tercera inspiración me sumergí en picado.

Si me descubría la lucha sería despareja. El portaba su equipo de «aqualung» y debía ser un tipo fuerte ya que tenía que haber llegado a nado desde uno de los yates detenidos en el horizonte.

Estaba acostumbrado a la deformación del cristal plano de los lentes por lo que deduje que debía medir dos metros de estatura. Tenía la musculatura de un buey.

Estaba a unos cuatro metros de él cuando Doola lo vio y en seguida detectó mi presencia. Se detuvo en el acto. Estaba algunos metros por debajo del hombre rana enemigo.

Porque era un enemigo, igual que en la guerra abierta.

Y era inteligente.

Comprendió que ella miraba más allá de él y se dio la vuelta.

Yo estaba a un par de metros de distancia e imprimí un pataleo veloz para cogerlo desequilibrado.

No llegué a tiempo.

Dio una voltereta en el agua y se sumergió para alcanzar a Doola. La desesperación se apoderó momentáneamente de mí y procuré controlarme para no consumir el poco oxígeno que me

quedaba. Sentía los pulmones como pesas sólidas que me impulsaban hacia el fondo.

Doola nadó velozmente hacia mí evitando al hombre rana. Casi lo consigue.

El tipo estiró una mano y la cogió del cinturón de pesas. Con un movimiento sinuoso, serpenteante, Doola se zafó del cinturón y nadó rápidamente hacia mi lado.

El buceador dejó caer el cinturón al fondo y se precipitó hacia nosotros.

Indiqué a Doola que ascendiera con más lentitud para evitar padecer un «giro».

Ninguno de los dos podía marcharse de modo que decidimos hacer frente al buceador.

Me prometí bajar armado con un arpón en lo sucesivo. Extraje el cuchillo que llevaba en la funda sujeta a mi pantorrilla y miré a Doola.

Ella se quitó el acoplador de boca y me lo ofreció. Respiré dos veces y me sentí mucho mejor.

Alcé el cuchillo delante de mi rostro y nadé hacia el buceador. El tipo se detuvo, giró y se alejó con rapidez. Lo seguí con la mirada durante algunos segundos y luego indiqué a Doola que podíamos regresar al balandro.

Subimos a bordo y cogí rápidamente los prismáticos. La línea de burbujas se hallaba a un centenar de metros. Estuve a punto de poner en marcha el motor del balandro y perseguirlo pero me contuve. Una lancha rápida llegó desde tierra firme y subió al hombre rana a unos doscientos cincuenta metros de donde nos hallábamos para alejarse velozmente hacia el extremo de la isla y desaparecer lejos del puerto deportivo del hotel Saint Paul.

—No sabremos dónde están —dijo Doola.

—No tiene importancia. Creo que lo sé.

—¿Qué haremos?

—Continuar la búsqueda. Haremos un par de inmersiones más, antes de regresar. No creo que tengamos más visitas. En cualquier caso descenderemos armados. Cogeré un arpón-pistola.

—¿Qué crees que pretendía hacerme? —preguntó con una nota de angustia en la voz.

—Asustarnos, nada más. Si pretenden que trabaje para ellos no

les conviene hacerte daño. Eres su carta de triunfo.

—¿Qué ocurrirá si no obedeces?

—Tal vez intenten amedrentarnos una vez más y si fracasan entonces aguardarán a que encontremos la cápsula y procurarán hacerse con ella.

—Y estamos solos —murmuró con una serenidad que me asombró.

—Sí, ése fue el trato. Nada de problemas internacionales. Sólo tú y yo.

—Bien, es un riesgo calculado —dijo con calma.

La besé en los labios y sentí el sabor salobre de su piel.

—Prepara algo de comer y cuando regrese descansaremos un par de horas.

—De acuerdo.

—Procuraré pescar algo, a fin de cuentas estamos participando en un torneo.

Sonrió y desapareció en el interior de la cabina.

Entré en el agua y me sumergí lentamente. Estaba decidido a dar con la cápsula cuanto antes.

CAPITULO VI

Cuando emprendimos el regreso habíamos «rastrillado» una décima parte del cuadrante. Había sido un buen día a pesar de la visita molesta del gigantón.

Estábamos exhaustos de modo que cenamos en el bungalow muy temprano. A las ocho cerré todas las puertas y ventanas, deposité la Walther PPK junto a la cama y nos acostamos.

Abracé su cuerpo tibio y desnudo y nos dormimos en seguida. A las once de la noche sonó la alarma de mi reloj de pulsera y desperté.

—¿Qué ocurre? —preguntó Doola.

—Voy a comprobar si estoy en lo cierto, princesa. Quédate aquí y no temas. Estaré de regreso en un par de horas.

—Estamos juntos en esto, Jim.

—Iré a comprobar si uno de los yates que avistamos esta mañana es su centro de operaciones. Estoy harto de estar a la defensiva. Vamos a pasar a la acción. ¿De acuerdo?

—Voy contigo.

—Escucha, necesito que te quedes y...

—Deja de protegerme, por favor. Iré contigo.

Se vistió rápidamente y salimos del bungalow. En el hotel continuaba el baile y algunos amantes de la madrugada vagaban por los jardines gozando de la noche.

Llegamos a la costa dando un rodeo y enfilamos hacia el puerto deportivo desde el extremo más alejado del hotel.

En los grandes yates se escuchaban risas y voces y en los balandros más pequeños podía divisar las brasas de los cigarrillos de aquellos que permanecían a bordo.

—Quédate aquí y no te muevas Doola.

Asintió.

Le entregué la pistola, me quité el tejano, las zapatillas y la camiseta oscura y quedé cubierto con un bañador.

—No te inquietes, princesa. Regresaré en media hora.

La besé en los labios y me introduje silenciosamente en el agua aceitosa del puerto deportivo.

Nadé lentamente entre las embarcaciones, pasé junto a nuestro balandro y continué hasta el yate de líneas aerodinámicas y puente elevado que había observado aquella misma mañana.

No había luces visibles a bordo. Lo rodeé para asegurarme de que nadie vigilaba y luego me icé por la cadena del ancla calculando el lento balanceo del oleaje para que no detectaran mis movimientos al desequilibrar el barco con mi peso.

En cubierta no había más que oscuridad. En cuclillas avancé hasta la ventana más próxima que daba a los camarotes y eché un vistazo dentro.

Por el resquicio de la cortinilla vi al tipo de los bigotes bien recortados que había sacado a bailar a Doola y a dos más que estaban en la terraza del Saint Paul.

Faltaba el gigantón que había tratado de atrapar a Doola.

Fue más el instinto que otra cosa. Mo volví y lo vi trepando a la cubierta desde un bote de goma.

Entró en la cabina, dijo a los demás algo que no alcancé a oír y volvió a salir. Saltó dentro del bote y comenzó a remar hacia el malecón.

No tenía mucho tiempo de modo que levanté la tapa de los motores y busqué a tientas, así el grupo de cables y tiré de ellos con fuerza. No irían a ningún sitio sin el delco.

Regresé junto a la borda y me sumergí sin hacer ningún ruido. El gigantón estaba a mitad de camino del muelle.

Nadé con rapidez y alcancé el punto por el que me había introducido en el agua.

Doola estaba allí.

—Rápido, regresemos al bungalow. Tendremos una visita.

—¿Quién?

—Nuestro amigo, el hombre rana.

Me calcé las zapatillas y los tejanos y corrimos hacia el jardín que circundaba el hotel.

Nuestro bungalow estaba rodeado por un parterre flanqueado por un seto que lo aislaba de los demás.

—Entra y cierra las puertas. Lo aguardaré aquí mismo.

—¿Qué harás?

—Improvisaré sobre la marcha. Vete.

Entró en el bungalow y escuché el sonido de la cerradura al darle vuelta a la llave.

Me oculté en las sombras del seto y aguardé.

No tardó mucho tiempo. Entró por la parte trasera y rodeó el edificio hasta el frente.

Yo salí de mi escondite, llegué hasta él y lo golpeé con fuerza en los riñones. Perdió la respiración y giró. Era fuerte y asimiló el golpe como un profesional. No había podido verle el rostro hasta ese momento. Tenía la nariz aplastada y las cejas voluminosas y deformadas. La mandíbula era cuadrada y en los ojillos detecté la seguridad del boxeador profesional.

Había cometido una equivocación, trataría de mantenerlo a distancia.

Lancé un derechazo al plexo solar y lo aguantó bien, cerrando los codos y replicando con dos *jabs* cortos, derecha e izquierda.

Giré esquivándolo y salté hacia un costado para armar mi guardia. Comprendí que no iría a ningún sitio si seguía su juego.

Mido un metro ochenta y dos y soy bastante fuerte. Conozco muchos trucos sucios a la hora de mantener una pelea cuerpo a cuerpo y he vencido a tipos más grandes que yo. Pero sé hasta dónde puedo llegar y el orangután aquel era capaz de partirme en dos si le daba una sola oportunidad.

Retrocedí hacia el seto.

Ninguno de los dos hablaba. Era una pelea silenciosa y letal. Él lo sabía y yo también.

Cuando mi espalda chocó contra el seto se acercó más de lo conveniente, seguro de su triunfo. Me había acorralado. Eso pensaba él y era lo que yo había previsto.

Lanzó un *cross* a mi mandíbula que dio de lleno. Tenía que soportar algo de castigo para convencerlo de que me había atrapado.

Sentí el impacto pero pude encajarlo sin mayores consecuencias. El segundo golpe se hundió en mi estómago. Mis abdominales se resintieron pero no perdí la respiración.

Ya lo tenía encima y podía sentir su satisfacción en el silbido del aliento.

Lo necesitaba más confiado.

Aguanté un *jab* que estuvo a punto de cerrarme un ojo y un directo a la frente que pude controlar a duras penas.

Y entonces abrió la guardia. Hay pocos golpes que puedan dejar fuera de combate a un tipo de aquellas dimensiones. Tenía que aturdirlo con el primero o comprendería mi juego.

Lancé mi brazo derecho hacia adelante con los dedos estirados, duros como el acero y los hundí en su cuello. Se atragantó, resopló y se cubrió el rostro.

Dio un paso hacia atrás, instintivamente, ladeándose para cubrirse.

Lo pateé en la pierna, a la altura de la rodilla, con toda la fuerza de que fui capaz. Cayó de costado y giró hacia mí.

Ahora su respiración era como un silbido, todavía no había podido renovar el aire de sus pulmones. Tenía el cuello conmocionado pero no perdía la calma.

Di un paso hacia él, me incliné y le asesté un puñetazo en la cabeza, sobre la oreja derecha.

Aquel golpe pareció reanimarlo porque se puso de pie y armó una buena guardia. Había sido un acto reflejo y comprobé que todos sus movimientos eran demasiado lentos.

Lo golpeé dos veces en el estómago y luego encontré su nariz aplastada con mis nudillos.

Se tambaleó sobre sus pies y retrocedió. Se golpeó contra la puerta del bungalow, dio media vuelta y se precipitó contra el seto. Lo atravesó limpiamente dejando un hueco y se alejó a trompicones por la suave pendiente del jardín.

Doola abrió la puerta y encendió la luz exterior.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó temerosa.

—Ha salido bien pero necesito algo de hielo o mañana mi rostro será una colección de hematomas.

—Ven aquí, cabezota —dijo con dulzura.

Me apoyé en ella y entramos en el bungalow. Cerró la puerta con llave y me dejé caer en la cama.

Trajo hielo, agua oxigenada y vendas y comenzó a limpiarme las heridas. Tenía el labio inferior partido y una ceja abierta. Había abundante sangre en mi rostro pero nada grave. En un par de días ni se notarían.

—¿Qué pretendías con esa pelea? —preguntó mientras me

servía una copa.

—Convencerles de que somos duros de roer. Tal vez nos dejen en paz hasta que hallemos la cápsula. Me gusta trabajar tranquilo. No han podido comprarme ni han conseguido cogerte para obligarme a obedecer sus órdenes. No son imbéciles y ahora se limitarán a vigilarnos.

—¿Estás seguro?

—Deja de preocuparte y ven aquí.

La besé y lancé un juramento. Tenía el labio hinchado y muy sensible.

—Déjame hacer, héroe. Soy una chica muy hábil.

La dejé hacer y confieso que soportaría gustoso una paliza diaria si a cambio Doola me somete a un tratamiento como aquél. Cuando por fin se despegó de mi cuerpo me sentía tan satisfecho y tan agotado que sólo tuve fuerzas para cerrar los párpados.

* * *

Continuamos explorando metódicamente el cuadrante a partir del sitio donde habíamos anclado el balandro el primer día.

El mar conservaba una serenidad maravillosa y sus colores variaban con la posición del sol tiñéndolo desde el azul claro al turquesa brillante para terminar en una pradera enrojecida por el crepúsculo. Entonces levábamos anclas y retomábamos al puerto deportivo.

En la distancia, día tras día, el yate de aquellos tipejos continuaba vigilante.

El primer día después de la pelea conseguimos una buena ventaja mientras reparaban el motor que yo les había dañado. Aprovechamos ese tiempo para dar una vuelta alrededor de la isla hasta hallar una cala cortada a pico en una protuberancia volcánica. La profundidad de mar en ese sitio era de unas pocas brazas y una vez dentro el balandro quedaba fuera de la vista de cualquier nave que pasara mar adentro.

Cuando regresamos al punto desde el cual proseguiríamos la exploración, el yate todavía continuaba en el puerto.

Calculé que desde el momento en que halláramos la cápsula hasta el momento en que el balandro quedase oculto en la cala

volcánica sólo tendría que navegar una hora y cuarto.

Sería suficiente.

Al cumplirse una semana desde el comienzo del certamen, el hotel Saint Paul organizó una fiesta en la que todos los participantes exhibirían una relación de la pesca obtenida.

Doola y yo nos quedamos en el bungalow, nuestros logros apenas resultaban suficientes para continuar en la competencia.

Y al día siguiente las cosas cambiaron.

Habíamos realizado un par de inmersiones cada uno y nos hallábamos almorzando en cubierta cuando el horizonte comenzó a oscurecerse. Miré el barómetro, en la timonera, y verifiqué un descenso lento pero continuo.

—Habrá tempestad —dije.

—¿Regresamos a puerto?

—Tenemos tiempo.

—Tú estás tramando algo, Jim.

—He pensado que tal vez la cápsula se halle semienterrada en la arena.

—¿Y entonces?

—Hay dos posibilidades, o bien resultará imposible hallarla o bien un poco de movimiento natural puede darnos una pista.

—¿La tormenta?

—Es posible.

—¿Quieres decir que bucearás cuando empiece el vendaval?

—Mientras lo considere prudente.

—¡Diablos! ¿y cuál es tu sentido de la prudencia?

—Lo sabré en el momento adecuado. ¿Confías en mí?

—¡Qué remedio! —respondió riendo.

El océano perdía los colores brillantes hacia el noroeste y el aire comenzaba a agitarse.

El sol, sin embargo, continuaba cayendo a plomo desde el centro del cielo inmensamente azul en el cénit.

Comencé a ponerme el equipo de «aqualung».

El secreto del «aqualung» consiste en proveer aire a la exacta presión requerida por el nadador subacuático. Verifiqué la carga de aire comprimido, el buen funcionamiento de las válvulas de demanda que controlan el fluir del aire desde los cilindros y respiré por el acoplador de boca.

Cogí un arpón-pistola y ajusté la vaina de goma con el puñal a mi pantorrilla.

Doola me observaba en silencio.

Había tomado como norma permanecer desnuda en el balandro siempre que nos alejábamos del puerto por lo que su piel estaba uniformemente bronceada y su aspecto resultaba espléndido.

Tenía unas nalgas firmes y altas que se continuaban en unos muslos largos, ligeramente arqueados y en unas pantorrillas exquisitamente torneadas.

Admiro profundamente a las mujeres con bellas piernas. El vientre chato y duro realzaba la firmeza de los senos grandes y redondos, perfectamente morenos de sol.

Había adelgazado en aquellos días de ejercicio continuo y su cabello rubio parecía más descolorido por efectos del sol.

Era una muchacha deliciosa y a pesar del embrollo en que nos hallábamos, me sentía feliz de tenerla a mi lado, de quererla y de que ella hubiese elegido permanecer a mi lado a pesar de todo.

La experiencia indicaba que éramos partidarios de vivir un gran amor: «el único amor importante de vivir», como ella misma había dicho en una ocasión refiriéndose al cariño de sus padres.

Antes de colocarme los lentes me acerqué y la besé con fuerza en los labios.

—¿Me amas? —preguntó soñadora.

—Repíteme la pregunta en cien años —dije como un idiota, el peor de los idiotas, pero el más sincero.

Me besó con idéntica violencia y me acerqué a la borda.

En el último instante tuve una idea.

—Tráeme una cuerda de nylon con un garfio y una boya.

Se introdujo en la cabina y reapareció al cabo de un momento con el material.

Lo introduje en una pequeña bolsa de goma sujeta a mi cinturón de pesas y me zambullí.

La boya sería la señal que indicaría el sitio donde estaba la cápsula si daba con ella. Se inflaría automáticamente cuando le quitara la válvula.

Mi idea consistía en asegurar un extremo de la cuerda a la cápsula y dejar la boya flotando un par de metros por debajo de la superficie.

Las tormentas suelen mover la arena del fondo marino y en ocasiones tarda mucho tiempo en volver a depositarse. Mientras tanto es como si uno nadara entre la bruma.

Las aguas, por debajo de la superficie, continuaban serenas a excepción de la lenta corriente que giraba junto al archipiélago y que ya había aprendido a dominar para no dejarme arrastrar fuera de la dirección prevista.

Ya habíamos «rastrillado» la mitad del cuadrante poco más o menos y el área que restaba presentaba formaciones coralíferas de hermosas formas, como esculturas naturales creadas por un artista gigantesco y surrealista para su propia satisfacción.

Recorrí dos veces la extensión del cuadrante a una profundidad de quince metros solamente para que el aire de los cilindros me durase más tiempo, aproximadamente unos cincuenta minutos.

Realicé una tercera pasada y creí observar una mancha oscura en un pliegue del coral.

Observé el reloj subacuático sujeto a mi muñeca, todavía contaba con una media hora larga.

Me sumergí en diagonal.

Llegue a las veinte brazas y comprobé que el macizo de coral formaba una especie de olla o cavidad y continuaba descendiendo. Esa olla era la que había llamado mi atención porque el sol no llegaba hasta ella y por tanto parecía una sombra.

Cogí la linterna que llevaba en la cintura y la sujeté con la misma mano que portaba el arpón.

Verifiqué la profundidad: veinticinco brazas.

Hice un rápido cálculo mental y me di diez minutos de tiempo no más, luego regresaría a la superficie.

Tenía la convicción de que allí podía estar la cápsula.

A través de algunos orificios del coral los rayos de luz se filtraban en la olla. Seguí su itinerario ligeramente inclinado y algo sinuoso y di con una especie de caverna submarina en la que el sedimento volcánico, los corales y las plantas submarinas habían conformado una escenografía magnífica.

Recorrí el fondo de la caverna. No podía tener más de diez metros de longitud por ocho de anchura y dos o quizá tres de alto. La arena era blanquísima y fina.

Pero no se veía nada en ella.

Las plantas parecían petrificadas y durante algunos momentos me sentí inmensamente en paz conmigo y con el mundo. Aquello era como un cementerio marino, solitario, aislado y apacible.

Una maravillosa sensación de laxitud se apoderó de mis músculos y casi cerré los ojos. Fue entonces cuando comprendí mi error.

Comenzó como una chispa de alarma en el fondo de mi cerebro y creció hasta convertirse en un principio de pánico.

Me controlé y respiré acompasadamente. Me sentí inmediatamente mejor y comprendí lo que me había ocurrido.

Había retenido brevemente la respiración y se había alterado la presión. Estuve a punto de echarme a reír: había cometido la peor estupidez, la que sólo suelen cometer los novatos.

Observé el medidor de profundidad, me hallaba a treinta y cinco brazas y busqué la salida de la cueva. Más allá de los cincuenta metros de profundidad los efectos de la «narcosis de la profundidad» se acentúan. Tenía cinco minutos para regresar a la superficie.

Era suficiente.

Decidí buscar una vez más y para ello recorrí lentamente el área en la que el cilindro podría haber caído siguiendo una línea más o menos recta a partir de la boca de la cavidad.

Las plantas dificultaban en parte mi cometido pero me obligué a explorar con una cierta atención. Algo rozó mi espalda y apenas lo sentí.

Giré y entonces vi un trozo de seda blanca y roja, desgarrada, flameando ligeramente entre los tallos. Sin embargo la alegría no consiguió abrirse paso en mi cerebro porque junto a ella, inmóvil, había un gran pez manta.

Había sido el pez lo que había rozado mi piel.

Estaba atrapado en la cueva. Supuse que me había seguido o tal vez hubiese oído mis movimientos o visto el flamear de la tela del paracaídas que sostenía la cápsula.

Si se depositaba sobre mí, sería como si quedara sepultado debajo de una caja de seguridad de media tonelada o más.

Felizmente no era demasiado grande porque de otro modo no hubiese podido salir de la cueva.

Se alejó unos metros, replegándose contra el fondo de la cueva y

yo me apresuré a buscar entre los tallos inmóviles, siguiendo las cuerdas del paracaídas.

Hundí el brazo hasta el codo y toqué la superficie pulida de la cápsula.

Y en ese segundo me distraje.

Percibí la sombra poderosa encima mío y levanté la vista. El pez se dejaba caer lentamente hacia mí.

Todo fue registrado en una fracción de tiempo por mi cerebro entrenado: el escaso tiempo que me restaba de oxígeno, el cansancio que experimentaba, la presencia del monstruo y la idea de que Doola jamás me hallaría dentro de aquella cueva natural. O, al menos, jamás me hallaría a tiempo.

Me obligué a respirar con normalidad y me impulsé hacia un lado mientras la mole del pez manta caía sobre mí.

Me cogió las piernas y las hundió en la arena. Me volví y disparé el arpón de la pistola casi sin apuntar. No fue un buen disparo pero conmovió al pez y conseguí zafar mis piernas.

Nadé velozmente hacia la salida de la caverna y ascendí por la olla hasta el fondo marino abierto.

El pez manta venía detrás mío. No me perseguía, simplemente huía de la cueva y del dolor.

Me detuve.

Tenía que realizar un par de «paradas de descompresión» para que el nitrógeno escapara de mi cuerpo.

El pez manta se alejó y aproveché para fijar el garfio a una protuberancia del coral y lanzar la boya.

Doola hallaría inmediatamente el sitio.

Pensé en la estupidez de retener la respiración en que había incurrido y en sus consecuencias. Si se retiene la respiración mientras se asciende el aire de los pulmones sufrirá una expansión al perder presión el agua; si la situación persiste y se continúa reteniéndola, la expansión del aire afectará los alvéolos pulmonares y el aire probablemente penetrará en la sangre en forma de burbujas. Estas «embolias de aire» son peligrosas e incluso fatales.

En estos casos debe procederse a un tratamiento de recompresión bajo supervisión médica.

Continué ascendiendo, realicé una última parada a treinta metros y luego, lentamente, llegué a la superficie. Hice una última

aspiración del «aqualung» y cambié al tubo respirador sujeto a mis lentes soplando con fuerza para limpiarlo de agua.

El balandro se movía peligrosamente a cuarenta metros de distancia por imperio del vendaval.

Nadé hacia él y llegué desde babor.

Doola no me vio hasta que hube asomado la cabeza por sobre la borda.

—¡Maldito loco! —gritó en cuanto me vio.

Me ayudó a subir y me dejé caer sobre la cubierta.

Estaba desfalleciente…

Reparé que llevaba el equipo de buceo colocado.

—Iba a ir a por ti, pensé que te había ocurrido algo.

La amé más que nunca en aquel momento.

Sonreí y cogí sus manos.

—Me ocurrió algo. Algo muy serio —dije.

Frunció el ceño.

—¿Estás herido? —preguntó con ansiedad.

—No. Hallé la cápsula.

No tuvimos tiempo de abrazarnos porque el balandro recibió una ola de costado y durante algunos momentos estuvimos sumergidos debajo de una tonelada de agua.

Me quité el arnés con presteza y corrí a recoger el ancla.

Doola puso en marcha el motor de la nave y me hice cargo del timón.

—Ponte un chaleco salvavidas y quédate a mi lado —dije.

Obedeció.

Me coloqué yo también un chaleco salvavidas y procuré encender un cigarrillo haciendo un hueco con las manos para que el viento no apagara el mechero.

Aspiré con fruición y sonreí.

Doola me abrazó con fuerza.

El cielo era una masa oscura y amenazadora que rugía brutalmente confundiéndose con las olas negras.

—En cuanto pase la tempestad nos haremos con ella —dije abrazándola.

—Todavía están esos tipos —reflexionó Doola.

—Sí —reconocí.

Cuando pasamos por la boca del puerto deportivo vi que el yate

de nuestros amigos había cambiado su espejo de agua por otro próximo a la salida al mar.

Sonreí. No deseaban más visitas y si montaban guardia podrían descubrirme en la superficie o debajo de ella porque tendría que nadar un gran trecho al descubierto. No eran ningunos imbéciles.

Algo llamó mi atención en la cubierta del yate. Cogí los prismáticos y eché un vistazo.

Se trataba de algo que no había visto cuando les hice aquella visita. Era un telescopio protegido por la timonera. Un telescopio de gran potencia. Si habían estado observándonos quizá hubiesen detectado nuestra alegría.

Y sacarían sus conclusiones.

Anclé el balandro en su sitio y saltamos al malecón.

Las ráfagas de viento se ensañaban con las palmeras y silbaban en los mástiles.

Dentro de los bares, hombres y mujeres bebían alegremente observando la imponente magnificencia de la tormenta.

Comenzó a llover.

No era una lluvia normal, era un diluvio violento y de gotas tan grandes como granadas de mano.

Corrimos hacia nuestro bungalow y llegamos completamente agotados y felices.

Los cabellos de Doola estaban pegados a su rostro y tenía el aspecto de una diosa sexual, agreste y veleidosa.

Era increíble el modo en que se transformaba a mis ojos de inventor amoroso.

La atraje hacia mí.

—Te cambio un whisky doble por una noche de amor.

—¿Qué opinas de un par de whiskys triples? —preguntó sonriendo entre mis labios.

CAPITULO VII

La tormenta se convirtió en temporal y duró dos días completos.

—Descanso obligado, capitán —bromeaba Doola desde la cama y sonreía como una adolescente que ha cometido una travesura y promete continuar haciéndolo.

Hicimos un par de viajes hasta el balandro para recargar los cilindros de aire comprimido y revisar una y mil veces todo el equipo. A! amanecer del segundo día se me ocurrió la idea y la puse en práctica.

Encargué provisiones para un par de semanas y las llevé al balandro sin cuidar que me estuvieran observando desde el yate del cuarteto enemigo.

Controlé la provisión de agua dulce y el combustible y me convencí de que todo estaba en orden.

El tercer día amaneció radiante.

No había rastros de la tempestad y el mar y el cielo parecían más limpios y hermosos.

A las cinco de la mañana tomé mi primer café mientras Doola preparaba el equipaje.

Llamé al hotel y dejé un mensaje previsto:

—Salimos de excursión —dije al conserje—, si alguien pregunta por nosotros puede informarle que no regresaremos hasta mañana por la noche.

Cuando colgué el auricular no me quedaba otra cosa por hacer salvo embarcarnos en el balandro y recuperar la cápsula.

Llegamos al puerto cuando el sol era solamente una pestaña pálida adormecida en el horizonte.

Subimos al balandro y cargamos el equipaje; dos mochilas de tela impermeable.

Puse en marcha el motor y salimos lentamente hacia el mar abierto. Al pasar junto al yate no había nadie a la vista.

Anduvimos una milla utilizando el motor y luego desplegamos las velas y aprovechamos la brisa para llegar al sitio indicado.

Cuando me volví hacia la isla el yate estaba detrás nuestro.

—Coge el timón, princesa.

Doola se hizo cargo del balandro y yo fui hasta la cabina. Desarmé mi linterna y comprobé que mi pequeño secreto estaba a salvo. Controlé la bomba de tiempo que había decidido portar conmigo a título de reaseguro y volví a armar la linterna.

Cuando subí a cubierta Doola había anclado el balandro y recogido las velas.

La embarcación giró en el sentido de la corriente y se detuvo.

Doola estaba colocándose su equipo de «aqualung».

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Bajaré contigo. Quiero ver el sitio donde ha caído y cómo es. No me lo perdería por nada del mundo.

—Uno de los dos tendría que quedarse de guardia, Doola.

—Bien, supón que me quede yo. ¿Qué hago si aparecen por aquí con su cañonera? ¿Les disparo con la pistola? ¿Me arrojo detrás tuyo para avisarte? ¿Me largo con el balandro y te abandono en el fondo del mar?

Tuve que reconocer que estaba en lo cierto.

Nada cambiaría si ella quedaba a bordo.

—Está bien —acepté.

Escondí la Walther PPK en la timonera, debajo del cajón de la bitácora y comencé a ponerme mi equipo.

Nos miramos como dos marcianos al borde del precipicio.

—¿Sabes? Me gustaría que esta vida durara para siempre.

La miré. Tenía lágrimas en los ojos.

—Puede durar para siempre si conseguimos esos trescientos mil dólares —le dije.

Nos sumergimos sin más palabras. El fondo del mar continuaba inquieto por efectos de la tormenta y la arena flotaba enturbiando la visibilidad pero no tanto como yo había temido.

La boya había desaparecido, arrancada por el oleaje, pero hallamos el cable de nilón fijo al coral.

Lo seguimos hasta la entrada de la olla y cerrando el puño con el pulgar hacia abajo indiqué a Doola que descendiera conmigo. Ella hizo un círculo con el índice y el pulgar, asintiendo, y me introduje por el pasadizo que conducía a la caverna.

No había demasiada luz y allí, en el recinto semicerrado, la

arena todavía flotaba haciendo la visibilidad casi nula.

Encendimos nuestras linternas y busqué el sitio donde recordaba haber palpado la cápsula.

Lo hallé y comencé a cavar. La arena que movía permanecía suspendida a nuestro alrededor. Parecía que estábamos en una ciénaga.

Por fin extraje la cápsula. No era muy pesada en el agua y tampoco lo sería demasiado en la superficie, pero aun así valía varios millones de dólares.

No podía culpar a los cuatro tipos que nos vigilaban. Ellos también resolverían sus problemas económicos.

La sostuve ante el rostro de Doola y reímos debajo de los lentes.

Comenzamos a alejarnos en dirección a la salida. A medida que avanzábamos la visibilidad era mejor y cuando nos introdujimos en el pasadizo que conducía a! fondo marino abierto apagamos las linternas.

Yo portaba cuidadosamente la cápsula procurando que no se golpeara contra los corales filosos como navajas. Doola me guiaba.

De pronto se detuvo y yo levanté mi rostro hacia ella.

Con su mano derecha, la palma hacia abajo, me indicó que algo iba mal. Luego señaló ligeramente a nuestra izquierda.

Junto a la salida de la olla, portando un poderoso arpón automático, estaba el gigantón.

Esta vez no había venido a asustarnos, esta vez sólo podía hacer una cosa: liquidarnos.

Ya tenían la cápsula.

Yo sostenía la pistola-arpón junto con la cápsula y no podía disparar.

Doola se había sumergido desarmada.

Durante un largo minuto nos miramos sin tomar ninguna decisión. Yo giré la cápsula de modo tal que la pistola-arpón buscara la línea de tiro adecuada.

El gigantón no podía ver mi cara, oculta por el cuerpo de la cápsula.

Supe que iba a disparar y dejé caer la cápsula. Doola también se sorprendió por mi actitud. Habíamos luchado tanto por hallarla que nadie esperaba que la dejara caer.

El gigantón tampoco.

Y eso lo perdió.

Disparé la pistola-arpón y atravesé limpiamente su hombro derecho. El disparó instintivamente y su arpón cortó el tubo de oxígeno de los cilindros de Doola que quedó envuelta en una nube de burbujas. Me precipité hacia ella y la sostuve junto a mí.

No podía ver al gigantón herido. Le quité el arnés a Doola y dejé que los cilindros cayeran al fondo.

Cuando le ofrecí mi propio acoplador para que respirara pude ver otra vez al hombre rana herido. Estaba junto a una masa de corales afiladísimos y una nube de sangre enrojecía el agua.

Sentí pena por él pero se trataba de su vida o de la nuestra.

Doola señaló desesperadamente hacia un costado y yo mismo sentí que el horror ganaba mi ánimo.

El pez manta que yo había herido descendía como una alfombra letal sobre el hombre rana.

Mi arpón sobresalía de su cuerpo enorme y pesado mientras se acercaba al gigantón.

Deseé fervientemente que estuviera inconsciente porque nada podría salvarlo.

El pez manta se posó sobre él, aplastándolo contra la formación de afiladísimos corales.

Doola me entregó el acoplador y respiré profundamente un par de veces.

Comencé a experimentar una sensación de náusea y señalé hacia abajo. Entendió y descendí en busca de la cápsula mientras ella subía lentamente a la superficie.

Recogí la cápsula y los cilindros vados de Doola y la seguí.

Me detuve un instante, sorprendido.

Junto al casco del balandro, a pocos metros de distancia, había otro casco, mucho más grande. Era el yate de ellos.

Doola, impulsada por la necesidad de respirar, había emergido entre las dos embarcaciones.

Inmediatamente vi que dos tipos caían al agua y la cogían. Un minuto después todos habían vuelto a subir a bordo.

Sabían que yo iría a por ella.

Descendí en busca del cable de nilón que había dejado en el arrecife sumergido y lo recuperé.

El pez manta se alejó lentamente. Pude ver entonces el cuerpo

destrozado, mutilado, del gigantón. Lo había hecho pedazos como si hubiese sido metido dentro de una picadora de carme.

Regresé junto a nuestro balandro y sujeté firmemente la cápsula a la estructura que protegía la hélice valiéndome de la cuerda de nilón.

Observé mi reloj subacuático. Tenía por lo menos quince minutos de aire y estaba dispuesto a aprovecharlos.

Desarmé la linterna, extraje la pequeña bomba de tiempo y nadé debajo del casco del yate.

Fui hasta las hélices. Tenía dos motores y dos hélices. Mi bomba no sería suficiente para neutralizarlo por completo, pero nos daría una oportunidad. La único que nos quedaba.

Coloqué la carga de tiempo en una de las hélices procurando en lo posible que la onda expansiva dañara a la otra. Le di cinco minutos y regresé al casco del balandro a comprobar si la cápsula podía sufrir algún daño.

No podía arriesgarme, de modo que inspeccioné minuciosamente su situación. Decidí que la hélice en movimiento no la tocaría y que tampoco se desataría con rapidez.

Entonces salí a la superficie y mostré ambas manos a los tres tipos que me apuntaban con sus armas.

Nadé hasta la escalerilla y subí a bordo. Me quitaron el arnés y los cilindros.

Doola estaba en un extremo de la cubierta. Un hombre de mediana edad la sostenía desde atrás, por la cintura y la apuntaba con una pistola a la sien.

El tipo del bigote bien recortado me cubría con su fusil automático y el otro, un individuo con aspecto rudo, cabellos pajizos y manazas de marinero vigilaba todos mis movimientos desde la seguridad que le otorgaba su metralleta.

—¿Dónde está Greg? —preguntó el que sostenía a Doola.

—Un pez manta lo aplastó contra los corales. Lo hizo picadillo.

Se miraron unos segundos.

—La cápsula —dijo el del bigotito y reconocía su voz, era la de un individuo frío, desapasionado, insensible a todo cuanto no fuera el cumplimiento de su cometido.

Era un profesional, podía olerlo a mil millas. Era el verdaderamente peligroso.

Pensé rápidamente, porque sólo tenía un par de minutos antes de que estallara la bomba.

No podíamos utilizar la cala volcánica que habíamos descubierto porque tal vez nos hubiesen visto con el telescopio y estaríamos atrapados allí.

Si conseguíamos largarnos tendría que ser hacia alta mar.

—La cápsula —repitió el del bigotito y se acercó a Doola.

Supe que iba a golpearla.

—Está en el fondo del mar, la solté cuando el gigantón nos atacó.

—Tendrás que ir en su busca —dijo fríamente y dio un golpe en el estómago de Doola que se dobló en dos y comenzó a vomitar.

—Sólo si la dejas marchar —repliqué procurando contenerme.

—Yo tengo el poder y doy las órdenes —dijo el del bigotito.

—Ninguno de vosotros es capaz de descender a una profundidad de cuarenta brazas y recoger la cápsula. El único que podía hacerlo fue destrozado por el pez manta.

El hombre de mediana edad que sostenía a Doola intervino:

—Dejaremos ir a la muchacha.

—Bien, quiero que subas al balandro y te alejes de aquí —dije a Doola.

—Yo... —le costaba trabajo hablar.

—Nos reuniremos en el bungalow. Recoge el ancla, pon el motor a marcha lenta y aléjate. *Por favor, hazlo* —rogué.

Sólo tenía unos noventa segundos de tiempo.

Doola saltó al mar, nadó hasta el balandro que se mecía a unos veinte metros, recogió rápidamente el ancla y encendió el motor. El balandro giró y comenzó a alejarse lentamente.

Me volví hacia ellos. La bomba estaba a punto de estallar.

—Bien —dije—, necesito un par de cilindros llenos.

Me incliné y en ese momento estalló la bomba.

El yate se sacudió como si hubiese sido alcanzado por un torpedo y el tipo de los bigotitos se precipitó hacia atrás, perdió pie en el borde de la escalera que llevaba a la cabina y cayó.

Yo extraje mi cuchillo y lancé una puñalada al marino de pelo pajizo, que había dejado caer la metralleta para sujetarse a la borda.

Le hice una herida profunda en el muslo justo en el momento en

que un dolor fortísimo y caliente perforaba mi brazo derecho a la altura casi del hombro.

El que parecía el jefe, el tipo de mediana edad, me había rozado con un balazo. Era el único que, por estar apoyado en la borda, no había perdido del todo el equilibrio.

Salté hacia él, lo atropellé y caímos juntos al agua.

No me preocupé por luchar con el tipejo, me limité a nadar rápidamente hacia el balandro.

Doola había oído la explosión y detenido la marcha. Subí a bordo y caí exhausto sobre la cubierta.

—¡Rápido —dije—, pon proa al mar abierto!

Cogí los prismáticos y vi al individuo que había arrojado al mar nadando hacia el yate.

El de los bigotitos apareció en cubierta y ordenó algo al marino herido que se precipitó hacia el timón.

Puso en marcha el único motor sano del yate en el momento en que el hombre que estaba en el agua pasaba junto a las hélices. Fue atrapado por el torbellino y el mar se tiñó de sangre.

Doola giró la cabeza y ahogó un sollozo de espanto.

Yo busqué la pistola en el sitio donde la había ocultado y trabé el timón.

—No quiero que te asomes para nada. Están muy bien armados y han enloquecido. Ese tipo que bailó contigo es un psicópata. Viene a por nosotros y no se detendrá ante nada. El yate nos dará alcance aunque sólo tenga un motor.

Busqué con los prismáticos en la superficie del mar hasta que di con lo que buscaba. Sabía que estaría cerca, lo había visto en las cartas náuticas y también el día que regresamos a puerto con la tormenta, dando un rodeo para evitar la marejada.

Era un atolón.

El yate estaba a doscientos metros detrás nuestro y avanzaba con rapidez.

Enfilé directamente hacia el atolón. El calado del balandro era menor que el del yate y si conseguía que encallara allí nos habíamos salvado.

Los corales elevan su bando en forma de pared formando una corona y dejando una especie de laguna dentro. Eso es un atolón y el que avistábamos mostraba una entrada. No sabía cuál era su

profundidad pero tenía que arriesgarme.

Di al motor toda su potencia y enfilé hacia él.

Un disparo se incrustó en el cajón de la bitácora. Giré y apunté cuidadosamente. Disparé cuatro veces y acerté al marinero herido que estaba al timón del yate.

El de los bigotitos cogió la metralleta y disparó a quemarropa contra nosotros. Sólo estaban a una treintena de metros.

Dejé de prestarles atención para ocuparme del balandro. Pasamos como una exhalación por el orificio en la corona de corales, nos adentramos en la laguna de mar y detuve el motor.

El yate perdió su dirección. El marinero estaba desmayado y había soltado el timón.

El último de nuestros perseguidores continuaba disparando cuando la proa del hermoso yate se incrustó en el banco de coral y lo abrió en dos.

La última ráfaga del asesino dio en los tanques de combustible de reserva y durante un segundo el resplandor de la explosión ocultó el horizonte.

Una lluvia de agua, coral y deshechos del yate cayó sobre nosotros. Cuando desapareció la humareda no quedaba nada de la bella embarcación.

Todo había terminado.

Doola se abrazó con fuerza a mí y pusimos proa a la salida del atolón.

Nuestro contacto habría llamado al hotel y le habrían dado mi mensaje. Estaría aguardándonos en el sitio previsto, fuera de las aguas jurisdiccionales.

Sólo nos detuvimos un instante para recuperar la cápsula.

Estaba en perfectas condiciones.

* * *

Era un mercante con bandera panameña y estaba detenido en el sitio previsto.

El coronel Mallory sonreía en la escalerilla cuando acerqué el balandro y le arrojé un cabo.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Todo en orden —respondí.

—¿Alguna dificultad?

—Ya se enterará de ellas, coronel —repuso Doola.

Vestía un *short* negro, blusa blanca abierta y zapatillas.

Mallory volvió a perder la respiración.

—Y bien —dije sonriendo—, ¿quiere la cápsula o la vendo al mejor postor?

Mallory saltó dentro del balandro y besó a Doola en ambas mejillas.

—Coronel —dijo ella— es usted un perfecto caballero.

—No tengo más remedio, es usted la mujer de un amigo. Pero, créame, me cuesta trabajo. Es usted la criatura más hermosa que he visto jamás. Subiremos el balandro a bordo y la invitaré a cenar.

Doola sonreía encantada.

—Está bien, si no hay más remedio os invitaré a los dos —agregó el coronel.

Confieso que en presencia de Doola había perdido su aspecto de bulldog.

—No —dije sosteniendo la cápsula entre mis brazos.

La cogió con infinito cuidado y la entregó a un marinero del mercante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó recuperando su vozarrón de soldado.

—Que no iremos con usted.

Doola se acercó a mí y pasó un brazo por mi cintura. Sonreía radiante. Había comprendido mi idea.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó el coronel aunque conocía perfectamente la respuesta.

—Sí, loco por esta muchacha. He decidido quedarme con el balandro, a fin de cuentas está a mi nombre. Descuente su precio de los trescientos mil dólares y deposite el resto en nuestra cuenta conjunta. Necesitaremos dinero para dar la vuelta al mundo.

Durante un segundo pareció a punto de estallar pero se rehízo en seguida y lanzó una carcajada que hizo temblar a todos los tiburones de las inmediaciones.

—Está bien —dijo cuando recuperó la palabra— yo haría otro tanto si hubiese conocido antes a esta preciosidad.

Besó nuevamente a Doola en las mejillas y estrechó con fuerza mi mano. Luego saltó a la escalerilla del mercante.

—¿No necesitáis nada? —preguntó.

—Nada que no tengamos ya —dijo Doola besándome en el cuello.

Mallory sonrió.

—Un último regalo —dijo desde la cubierta del mercante—, el espía resultó ser nuestro lechuguino de lujo, el almirante Thorpe.

Esta vez fue mi turno de reír.

—¿Quién es Thorpe? —preguntó Doola.

—Ya te contaré —dije sin poder contener las lágrimas al imaginar a aquel petulante imbécil ataviado con el traje de presidiario.

—Hasta la vista, coronel —gritó Doola.

El bulldog reformado agitó los brazos y yo separé el balandro del flanco del mercante.

Estaba anocheciendo.

* * *

La miré tomar el sol desnuda en cubierta, bajo el arco invisible del trópico, bellísima en medio de la inmensidad del océano y supe que jamás había sido tan feliz.

Me acosté a su lado y pasé un dedo por su espalda dorada.

—¿En qué estás pensando, capitán? —sonrió.

La besé profundamente y cerré los ojos. Su cuerpo era el mejor de los paisajes.

F I N

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España